335.43
P374b

NOTICE: **Return or renew all Library Materials! The *Minimum* Fee for each Lost Book is $50.00.**

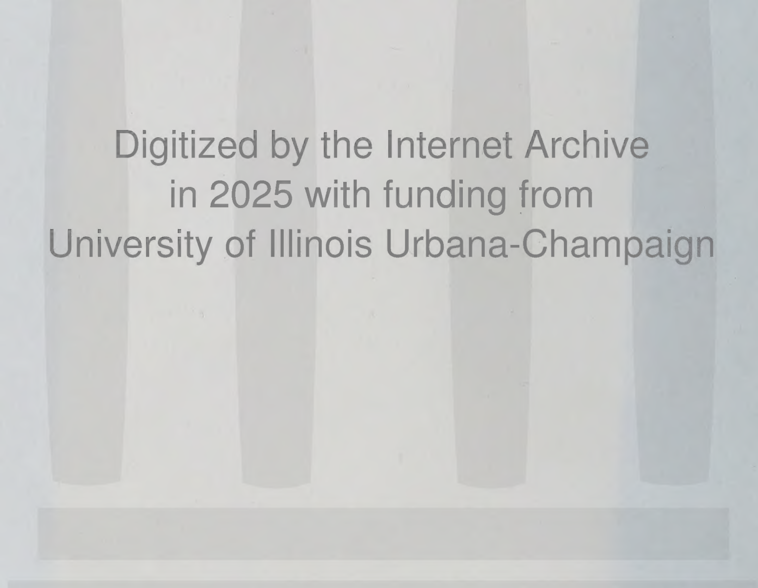
The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

JAN 02 1992
FEB 27 1992

L161—O-1096



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/bolchevismoyfasc00pena

LUIS ANTONIO PEÑAHERRERA

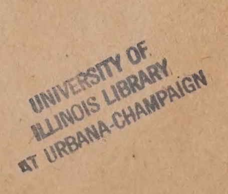
BOLCHEVISMO

Y

FASCISMO

CONFERENCIAS SUSTENTADAS EN LA ASOCIACION DE EMPLEADOS
DE QUITO,
EN LOS DIAS 24 Y 25 DE SETIEMBRE DE 1927.

QUITO
TALLERES GRAFICOS DE «EL COMERCIO»
1927



LUIS ANTONIO PEÑAHERRERA

BOLCHEVISMO

Y

FASCISMO

CONFERENCIAS SUSTENTADAS EN LA ASOCIACION DE EMPLEADOS
DE QUITO,
EN LOS DIAS 24 Y 25 DE SETIEMBRE DE 1927.

QUITO
TALLERES GRAFICOS DE «EL COMERCIO»
1927

335.43
P 374 b

Asociación de Empleados de Quito

Presidencia N°. 9

Setiembre 1°. 1927.

Señor don Luis Antonio Peñaherrera.

Presente.

Muy estimado señor y distinguido consocio:

La Asociación de Empleados que, en su ramo de cultura intelectual, ha venido siendo prestigiada con apreciables conferencias de ilustrados caballeros, quiere aprovechar la oportunidad del regreso de usted al país, después de haber visitado varios centros europeos, para pedirle nos hable respecto del estado actual de los modernos problemas sociales sobre fascismo, comunismo o cualquiera otro de este género.

Por tal deferencia, la Asociación le quedará altamente reconocida y estimará en lo que justamente vale su labor.

A fin de hacer oportuna convocación a los señores miembros de este Centro, espero de usted se sirva comunicarme el día y la hora que para éste le fuere posible señalar.

De Ud. atento servidor,

José I. Jiménez V.

Quito, a 11 de setiembre de 1927.

Señor don José I. Jiménez,
Presidente de la Asociación del Empleados de Quito.

Presente.

Señor Presidente:

En respuesta a la atenta nota de usted, N°. 9, de 1°. del presente mes, cúmpleme expresarle mi agradecimiento por la invitación con que se ha dignado distinguirme, la Asociación de Empleados de esta Capital, y manifestarle también que me será muy grato tratar sobre el Bolchevismo y el Fascismo en los días 24 y 25 de este mismo mes.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a Ud. señor Presidente, los sentimientos de mi distinguida consideración.

Luis Antonio Peñaherrera.

BOLCHEVISMO

Señores:

Honrado con generosa benevolencia por esta floreciente Asociación de Empleados a la que pertenecemos, voy a dirigiros la palabra, confiado en que vosotros no daréis a esta charla de compañero el carácter de una conferencia o los coloridos de una disertación política o social; más bien, sabréis apreciarla en su justo valor, de simple conversación, en la que nunca faltan ni errores, ni deficiencias.

Me valgo del papel para hablaros, porque desgraciadamente no soy orador y mi memoria olvida con facilidad. Excusado, pues, me parece manifestaros que ante auditorio tan distinguido y con estos mis antecedentes personales, debo leer lo que tengo que comunicaros; así será más resignada vuestra indulgencia de oyentes y menos largo y monótono mi discurso.

Se me ha pedido que os hablara sobre ciertas cuestiones europeas, y he aceptado tan galante invitación, no porque me considere capacitado para ilustrar a personas de conocimientos como los que poséis vosotros, sino por el deseo muy humano de comunicaros mis impresiones en mi último viaje por Europa, respecto a dos profundas transformaciones políticas y sociales operadas en dos pueblos del Viejo Continente, cuyas consecuencias han repercutido en las ideas y conciencia individuales. Me refiero al Bolchevismo en Rusia y al Fascismo en Italia.

Mi permanencia en la vieja Roma, a cuyo nombre parece que el espíritu y el cerebro se ensancharan, pues tales han sido en la historia humana las indelebles huellas que esa madre latina ha dejado en la civilización, me proporcionó la inmensa ventaja de estudiar de muy cerca el movimiento fascista y de observar personalmente sus resultados dentro de la vida de la nación italiana.

En cuanto al Bolchevismo implantado en Rusia, bien podemos formar justa opinión, debido no sólo a documentos fidedignos de espíritus de rectitud, responsabilidad y conciencia, sino al hecho histórico, al caso palpitante de verdad que se presenta con los mismos caracteres en pueblos diferentes del ruso.

Comienzo, señores:

¿Qué es el Bolchevismo? ¿Qué es el Fascismo? Seguro estoy que vosotros responderéis categóricamente, definiendo con exactitud lo que es el Bolchevismo; pero dudo si podréis comprender en una definición el vasto y constante movimiento de la revolución fascista que, si bien se caracteriza en forma de Gobierno y tiene propia ideología y filosofía, es imposible así limitarlo en la brevedad escueta de una definición, como circunscribirlo en la fórmula monótona de un credo determinado.

Empezaré por el Bolchevismo.

El Bolchevismo proclama la Dictadura del Proletariado, preconizada por Karl Marx, como indispensable, en el proceso científico y sistemático, para llegar al Comunismo absoluto. Es por lo tanto un ensayo de forma de Gobierno que tiende hácia un fin propio, conocido y limitado en sus ideales y objeto. Arraigado hondamente a la doctrina socialista, pues es un aborto de ésta, bien podemos decir que el Bolchevismo representa en la práctica la suma de aspiraciones, doctrinas y teorías proletarias, que hasta la revolución rusa, a pesar de la efímera Segunda Comuna de París de 1871, no se habían cristalizado en ningún órgano de Poder integral, con facultades omnímodas, que pusiera en ejecución la ideología comunista; esto es: la única e infalible interpretación de la verdadera vida que corresponden al individuo, a los pueblos y a los Estados, en la constante evolución de la humanidad.

El carácter negativo de la teoría comunista, conviértese, merced a la revolución proletaria, en positivo. Entonces se abre un vasto campo de acción para el esfuerzo potente, innovador y reformista de los dirigentes de ese nuevo orden de cosas, que debía hundir en las sombras la tiranía, inmoralidad y corrupción del absolutismo zarista, haciéndo florecer el paraíso terrestre, que proporcionaría la paz, la prosperidad y grandeza del pueblo ruso.

Las grandes revoluciones, como lo demuestra la historia, han sido siempre el producto del esfuerzo colectivo que interpreta o trata de interpretar la conciencia y necesidades del individuo, dentro de un orden social. Esta clase de revoluciones

conservando cada una de éllas sus caracteres peculiares, responde al estado consciente de un pueblo con relación al mejoramiento del hombre en los diferentes aspectos de su vida espiritual, moral y material, y se desenvuelven, como bien lo dice Sorel, en los períodos de progreso económico y valor o coraje personal, y no en los de decadencia social.

Siendo cada revolución un hecho histórico, su ideología varía de conformidad con la idiosincracia y aspiraciones de los pueblos. Pero en todo caso las revoluciones presuponen el progreso del individuo y del Estado en la constante marcha de la humanidad, y se basan más bien que en especulaciones abstractas, en la verdad siempre presente de las cosas, pues el pensamiento no es saeta que hiere y mata, ni la imaginación es fuego que abraza y consume, cuando la realidad, la eterna realidad, anda haciéndoles mofa.

La génesis de esta clase de revoluciones, reside, por consiguiente, en la conciencia individual; su ejecución, en el valor o coraje personal; su triunfo, en la fácil comprensión o asimilación de la masa social de los principios o preceptos que guían al individuo hacia sus mejores fines y al Estado hacia sus más altos destinos.

Fusión de preciosos elementos que cristalizan la convivencia del pensamiento y la realidad; resultante de factores múltiples que presuponen y aceleran el progreso; potencia regeneradora, vigor creativo, fuerza dinámica y constructora que fortalece los espíritus y convence con hechos a las inteligencias; todo esto, y otras causas, engendran las revoluciones que responden a estados evolutivos de un pueblo e interpretan fielmente la conciencia del individuo en el laberinto humano.

Disculpadme la digresión, necesaria si tomamos en cuenta el somero estudio que haremos de las causas de la revolución rusa, de su ideología y de sus consecuencias.

* * *

El Bolchevismo, como dejo dicho, es una rama del Comunismo absoluto; es el estado preparatorio para llegar a la última reforma, esto es, según la doctrina comunista, a la última aspiración intelectual, moral y material del individuo, al paraíso y felicidad terrenal, en que la diferencia y jerarquía de clases habrán desaparecido, basadas en la igualdad absoluta de los individuos, llegando a ser comunes el capital, los medios de producción y los productos.

Marx y Engels, astros de primera magnitud de esta teoría y Lenin, discípulo de éstos, brazo poderoso de ejecución, cerebro privilegiado, pero nocivo, personalidad avasalladora y desconcertante, forman la trinidad comunista.

El elefante blanco de Europa, la Rusia eslava y mongólica, propiedad exclusiva de la autocracia zarista, fue en los tiempos anteriores a la revolución proletaria, emporio de convulsiones sociales, de tremendas sacudidas, contra la autoridad despótica de quienes imponían un yugo denigrante y servil, favorecidos por la impunidad y la fuerza, que convierte el Poder de los tiranos, en arma implacable y vergonzosa de exterminio. Hasta el mismo Zar Alejandro, el reformista, no fue sino un déspota melancólico, embadurnado con una especie de sentimentalismo ideológico, pero tan cruel y sanguinario como sus antecesores.

De ahí que echaran raíces en la intelectualidad rusa extremista, mejor que en la de las otras naciones, las teorías más avanzadas del Socialismo, aunque la ignorancia y el atraso del pueblo, no favoreciesen el desarrollo de estas doctrinas, dentro de la conciencia y cerebro de la mayoría rusa, compuesta de campesinos y agricultores.

Como sabéis vosotros, la pequeña y después la grande industria, a fines del siglo XVIII y en todo el siglo XIX, crearon los problemas económicos y sociales del trabajo y del capital. La lucha de clases, la organización metódica del proletariado y del capitalismo, arrancan sus orígenes desde esta profunda transformación de la industria, en que se sustituyó el trabajo humano y doméstico por el mecánico; se reemplazó al artista, que era al mismo tiempo obrero y capitalista, por potentes corporaciones patronales, que, si aumentaron gigantescamente la producción, esto es, la riqueza nacional, sirviéronse de ese mismo artista, obrero, como único medio de ganancia, obligándole al trabajo en horas determinadas, imponiéndole rudas y monótonas labores, desprovistas de iniciativa particular, asignándole salarios exiguos, centralizándolo en las grandes ciudades, y creándole, en fin, un sinnúmero de dificultades para su existencia, fuente ya no de tranquilidad y sosiego, sino de cotinuas zozobras, sacrificios, luchas y amarguras.

La psicología obrera debido a esta fundamental transformación, producto del cerebro creador humano, lógicamente tenía que sufrir un cambio profundo, sometiendo al obrero pasi-

vamente, al principio, a las exigencias de los patrones, y enfrentándolo después contra quienes le habían reducido a tan miserable condición. Desde este momento surgió el fantasma del capitalismo, que si extorsionó a la masa obrera, apoyado en la división del trabajo y en la demanda de trabajo, ha venido cediendo su absolutismo ante la justicia y derechos humanos, hasta el extremo de que, como sucede en los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Francia y Alemania, y otros países europeos, existen industrias en que el obrero es partícipe directo de las ganancias, esto es, accionista, por el mero hecho de ser obrero.

A las transacciones particulares de conciliación entre patrones y obreros, se sucedió la imposición de las exigencias o pretensiones de una y otra parte, ya como cuerpos o asociaciones organizadas que respondían a una idea y a aspiraciones peculiares al interés de cada una de éllas. A dicha imposición siguió la defensa de las clases obreras—la auto-defensa económica, que bien pronto debía convertirse en guerra de clases, en guerra política—, pues el Estado no intervenía en el arreglo de los conflictos entre el capital y el trabajo, ni protegía a los obreros contra la opresión injustificada de sus amos, y por el contrario se ponía de parte de los fuertes, los patrones, o lo que es lo mismo, como sucedió en la Revolución Francesa, guardaba neutralidad absoluta, indiferencia musulmana, impidiendo, muchas veces, el derecho de asociación, vínculo sagrado de solidaridad y convivencia entre los individuos.

Esta abstención del Estado en los problemas obreros, trajo como consecuencia que el obrerismo organizado amenazara la sociedad y hasta la vida del Estado. El Socialismo aprovechó de la oportunidad, encendió la hoguera, disciplinó las filas, cerró los cuadros obreros, y proclamó el derecho a la huelga, al "lock-out", a la rebelión, a la lucha de clases y categorías, estimulando todo con la atrayente dialéctica de su doctrina y filosofía.

Al carácter circunstancial del conflicto diósele una importancia universal. Ya no eran las disenciones entre patronos y obreros de una ciudad, provincia o nación, sino las que suponían debían existir entre los patronos y obreros de todo el mundo. Ya no era la defensa económica de los oprimidos en un Estado, sino que se defendía a los que por el mero hecho de ser obreros se los consideraba oprimidos en todas las naciones. Las asociaciones obreras se multiplicaron. Sus exigencias llegaron al colmo de lo imposible. Robustecidas por la teoría del Partido Socialista, alcanzaron preponderancia y dominio en la vida política del Estado, mientras que los capitalistas, los patronos, industriales, mal organizados, en oposición a las asociaciones

obreras, sufrían las consecuencias de sus errores y de la avalancha cada día más amenazante de la masa proletaria, y el Estado experimentaba los resultados de su indiferencia e impotencia.

Como nada detiene la ambición desmedida del hombre, ni los esfuerzos de su inteligencia, la lucha económica de clases, convirtióse en guerra de clases, en guerra política, en guerra de predominio, en guerra por el Poder, en guera científica y sistemática que haría del proletariado el amo y el árbitro del mundo, en guerra sin cuartel contra el capitalismo, contra la burguesía, contra la autoridad, contra los Gobiernos, hasta contra el mismo Estado, contra todo aquello que podía impedir el triunfo de la revolución proletaria.

La Primera Internacional, obra de Marx, proclamó principios universales y organizó la revolución universal contra el capital. La Segunda complementó esa obra, y la Tercera, reunida en Moscow, después del triunfo proletario, puso en ejecución la teoría comunista.

Esta es, señores, a grandes rasgos, la historia del Socialismo Comunista; y bien podemos asegurar, a pesar de las imponentes y atractivas conclusiones de su teoría y doctrina, que este grave y trascendental problema social, depende casi exclusivamente de la vida económica de la nación, interpretado sí, con sabiduría e ingenio por cerebros e inteligencias privilegiadas, aunque utópicas, y explotado, sobre todo, por arribistas llamados intelectuales, que escancian su falsa o plagiada sabiduría en libros perniciosos e insinceros, recuentos inodoros y artificiales, o levantan plataformas para recoger el fácil y barato aplauso de la plebe y conseguir prestigio político y social.

* * *

Como dejo dicho, las teorías más avanzadas del Socialismo se propagaron con mucha facilidad entre los intelectuales extremistas y los obreros del pueblo ruso, debido no sólo a las garras de la autocracia que los oprimía, sino principalmente a la psicología peculiar de aquél, mezcla híbrida y desconcertante de la barbarie asiática y del realismo y misticismo eslavo. De ahí, pues, que en Rusia nacieran doctrinas tan tenebrosas como el Nihilismo, y al viejo Socialismo francés, metafísico y utilitario, se le dieran los coloridos de la más repugnante y monstruosa concepción realista. Tourguenef, Pisemlsky, los Gogol, los Dostoiewsky, los Gorky, etc., eximios literatos, indiscutibles talentos, comprueban lo que acabo de deciros.

Las condiciones del obrero ruso diferían en mucho de las del campesino, agricultor, que forma la gran masa de ese pueblo y se reparte en las inmensas e inclementes estepas de Rusia. El primero constituía en las ciudades industriales, poderosas y potentes asociaciones, organizadas por el Partido Socialista, a semejanza de las de las naciones occidentales. El segundo, el campesino, llevaba una vida patriarcal y tranquila, sin mayores pretensiones que las de todo ser ignorante y sumiso a la voluntad del amo. Porque en Rusia la educación, como sucede hasta en nuestro país, era privilegio de los escogidos y no de la masa infeliz y humilde que pulula en los campos, que si fertiliza la tierra con el sudor de su frente y parece se contentara tan sólo con la aureola de su desgracia, está más sujeta a las más bajas pasiones, a los más inconcebibles crímenes, a las más monstruosas rebeliones, cuando hay tras de ella, quien la azuce y explote su ignorancia, su pequeñez y su inconciencia.

Esta diferencia notable de condiciones entre el obrero y el campesino, obstó al principio el desarrollo del comunismo en la mayoría del pueblo ruso. Pero, al igual del obrero, no tardó en infiltrarse, poco a poco, en la incipiente inteligencia del campesino de los pueblos cercanos a las grandes ciudades, la concepción realista de esa doctrina, la que según los azuzadores, debía proporcionarle cuantiosos beneficios materiales. La abolición de la propiedad, la repartición de las tierras y de la producción, la socialización de las industrias y del capital, la libertad, la igualdad absoluta, la paz, el bienestar común, la guerra a muerte al patrón omnipotente, a la autoridad autocrática, al burgués rico, la revancha del desheredado de la fortuna, la apoteósis y la supremacía del proletariado, tenían, por fuerza, que machacar constantemente en los incipientes y débiles cerebros del bajo pueblo, produciendo aspiraciones y rebeldías exentas del fuego sagrado del ideal, manchadas sí con el lodo putrefacto de los albañales en que se encuentran todas las depravaciones.

La teoría del Comunismo, del Capital, del Individualismo, del Colectivismo, de la Democracia y el concepto del Estado, de Marx, especulaciones de alto valor científico, aunque utópico, no podían jamás impresionar a la plebe, ansiosa de ahitarse de sensaciones materiales, de placeres y venganzas. A los dirigentes llamados intelectuales tocóles, pues, la labor de encender la tea de la revolución proletaria, alimentándola con las más impuras, criminales y bastardas ambiciones, ofreciendo un paraíso terrestre, en que el proletariado era el dios de vidas, conciencias, honores y riquezas, como si los conceptos honor y riqueza cupieran en la teoría comunista.

Dados estos antecedentes y la psicología semi-bárbara del pueblo ruso, ya podéis imaginar con qué rapidez y en qué forma germinaban en el bajo fondo de la plebe, las teorías de Marx, y la facilidad con que estalló la más atroz de las hecatombes humanas que registra la historia, pues si los bárbaros destruyeron Roma, el Cristianismo hizo florecer otra Roma más grande, más genial, más creadora que la antigua, cuya influencia persistirá siempre en el cerebro y en el corazón de los hombres. A la pobre Rusia, nada le queda: un montón de cadáveres y las tinieblas de una noche que parece eterna.

Tocóle a Rusia participar en la gran guerra europea, de la que tanto se ha hablado y escrito, que no seré yo quien pueda ilustraros sobre esa hecatombe, cuyas consecuencias repercutieron aún en los más pequeños pueblos del mundo.

No obstante la tesonera labor del Socialismo Internacional para impedir la guerra en Europa, esta catástrofe estalló con todo su cortejo de miserias y horrores, de sacrificios y heroísmos.

Aventurado sería para mí avanzar una opinión respecto a cuestión tan debatida como es la de la guerra europea, pero sí me permitiré expresar una verdad profunda, repetida constantemente en la historia humana:

Los pueblos pusilánimes y cobardes, pasto son de la voracidad de las otras naciones. La vida, la dignidad y el honor nacionales, jamás pueden estar a merced de terceros. Si la defensa en el individuo es un derecho, en el Estado es más que un derecho, un deber impositivo. Y se defienden los derechos inmanentes de una nación, no con documentos o cuartillas bien trazadas, sino con la fuerza, bruta si se quiere, pero que en sí representa la existencia y el honor de la Patria, de la Patria, que es la más tangible realidad de la vida.

"El germen de la guerra anida en el germen fecundador del hombre", dice el excelso historiador Corradini. Sí, muchas veces la guerra es fatal necesidad para los pueblos, es razón de vida o muerte, es simiente renovadora de las más altas virtudes ciudadanas, que consagran ante el mundo los conceptos reales de individuo, de Patria, de Nación, de Estado, los cuales, por más que lo quiera el generoso y humanitario pacifismo, están sujetos a su propia personalidad, a los elementos y factores que componen y desenvuelven esa personalidad, dentro de la órbita

de la necesaria concurrencia y competencia de las naciones, de la santa ambición y estímulo nacionales, del esfuerzo individual y colectivo que engendra la lucha por alcanzar el bienestar y la influencia espiritual, moral y material de los pueblos.

En principio toda guerra, me refiero sólo a las internacionales, es una catástrofe. Pero la historia y la realidad nos demuestran, que las guerras son el resultado inmediato del nacionalismo de los pueblos, nacionalismo que no se puede suprimirlo, sin suprimir la razón de existencia de las naciones, alma, cerebro y materia de la razón de vida de los Estados. De ahí que la Fuerza juega un papel primordial e importantísimo en la vida de los pueblos. Los Estados se arman constantemente, con el fin de hacerse respetar, de defenderse o prepararse para cualquier evento en el que tuvieran que participar, debido a la infinidad de motivos y circunstancias que los obligan a sacrificar los beneficios de la paz, por los azares y las sangrientas realidades de la guerra. Y si se trata de la vida y derechos inmanentes de los pueblos, la Fuerza, para el Estado, es necesidad apremiante, deber impositivo, pues los alegatos, o las labores de la diplomacia, y os habla un diplomático de carrera, se prestan la mayor parte de las veces, a las más antojadizas interpretaciones que alargan, complican y embrollan, asuntos de justa, clara e inmediata resolución—el Ecuador tiene un ejemplo en el Tratado de la Gran Colombia con el Perú de 1829, en donde se definieron completamente nuestras fronteras con la hermana del sur—, y la ingerencia de terceros, por respetable que sea, no concuerda, en casos que comprometen la vida de un pueblo, con la importancia substancial del litigio, que debe ser arbitrado con los propios medios del Estado. Pero esto no quiere decir que la guerra sea el objetivo y la meta adonde converjan las aspiraciones nacionales. No, nunca, señores. El hada prodigiosa de la paz alimenta en su seno el progreso de los pueblos, es la fuente fecunda e inagotable de la evolución humana, que cobija en su regazo el esfuerzo constante e incansable del hombre, para alcanzar una misma Justicia, un mismo Derecho, para todas las naciones. Pero, por desgracia, esa Justicia, ese Derecho, aunque se los definan y se los acepten como normas de conducta para los Estados, la realidad, la desgarrante realidad, nos enseña el poco caso que se ha hecho y se hace de esa Justicia, de ese Derecho, si no están acompañados o respaldados por la Fuerza. Echad una hojeada a la historia humana, contemplad el espectáculo de Europa, armada hasta los dientes, no obstante la respetable Institución de Paz de Ginebra, y reconoceréis la necesidad indispensable en que están los Estados de disponer de elementos de gue-

rra, de músculos de acero, a fin de que la Fuerza garantice los destinos de las naciones, sobre todo el de las débiles, y cumpla su única y exclusiva misión: la de defender y hacer respetar la vida de los pueblos.

* * *

Os ruego me disculpéis por esta nueva digresión y vuelvo, señores, a tomar el hilo de mi discurso, en orden a la historia del Bolchevismo en Rusia.

El frente ruso, que pareció al principio inexpugnable, cedió de manera imprevista ante el avance del enemigo. Los fracasos del ejército se sucedieron rápidamente, y el descontento y la desilución del pueblo por las derrotas y por la invasión del territorio ruso, llegó a tal punto que se creyó en el mundo que Rusia haría la paz por separado. A Rasputine, hombre vulgar, monje fanático, poseído, según dicen, de poder magnético irresistible, cuyo asesinato por un miembro de la familia real de Rusia, lo consagró como personaje legendario en la historia de ese pueblo, se le acusaba de influir en el ánimo de los zares, en favor de una paz, separada e inmediata. Sea la idea de la guerra, o la causa constante del yugo servil a que estaba sometido el pueblo ruso, lo cierto es que en febrero de 1917, la guarnición de Petrogrado se rebeló contra la autoridad del Zar, quien fue obligado a abdicar. y estableció una Junta de Gobierno Provisional, presidida por Kerensky, en la cual estaban representados todos los grupos socialistas y liberales.

Esta revolución tuvo la más halagüeña acogida en las naciones, y los Gobiernos se apresuraron en reconocer ese nuevo orden de cosas, que inesperadamente cambiaba la faz del pueblo ruso.

Las ideas en su pureza abstracta viven la vida personal del que las crea y las propaga entre sus semejantes. Fuentes de inagotable y proficua inspiración, las ideas son tan sólo de valor especulativo si no se las convierte en factores decisivos del mundo material, y serán de valor negativo, si no se puede aplicarlas en la constante renovación de la vida cotidiana. Por eso es que toda teoría o doctrina que no responde al resultado inmediato del progreso o civilización de un pueblo, esto es, al grado de potencia a que ha alcanzado el espíritu, es, cuando se la convierte en hechos, obstáculo insuperable para el bien de ese pueblo y para la legítima consecución de su felicidad espiritual y material. En política, pues, no se puede gobernar tan sólo con la

ideología de la doctrina de un Partido, sobre todo si éste no responde a la aquiescencia de la mayoría o a la unánime comprensión de esa ideología. Necesario es que el factor realidad sea a la vez, para el gobernante y político, pensamiento y acción, teoría y doctrina, para que sin elevarnos a la concepción abstracta de las cosas, espiritualicemos las aspiraciones y derechos humanos, dentro del marco de las duras verdades de la vida del individuo y del Estado.

Kerensky y sus compañeros del Gobierno Provisional ignoraron, desde la ascensión al Poder, la diferencia que existe entre el político gobernante y el político doctrinario, entre la política de acción, de fuerza y energía, responsable y consciente, y la rígida política intelectual de principios, irresponsable, libresca, abstracta y muchas veces utópica. Este gravísimo error, que en más de una nación ha sido causa de convulsiones sociales, por ese como desquiciamiento de la realidad, informó todos los actos del efímero Gobierno de Kerensky, quien, sin consultar el grado de adelanto del pueblo ruso, acometió las más atrevidas reformas democráticas, haciendo remozar tan sólo la blanca idealidad del excelso espíritu de Tolstoi, y el inmoderado abuso de la dialéctica doctrinaria, que si conmueve a las masas, rara vez las convence.

El Gobierno de Kerensky descentralizó el Poder, dando amplia autonomía a las administraciones provinciales y comunales; destruyó la disciplina del Ejército, de la Marina y la de los departamentos administrativos, estableciendo en ellos la elección del superior por los inferiores, y suprimió la policía de las ciudades y hasta la rural, a fin de apaciguar la indignación del pueblo ruso, por la odiosa Okrana de los Zares, famosa y temible institución policial, que en más de una vez arrancó protestas del mundo entero.

Estas principales reformas anotadas por Aymard, fueron la causa principal para que se desencadenara la revolución proletaria, dirigida ya por Lenin y Trostky, quienes habían regresado a Rusia del exilio, amparados por la amnistía política otorgada por Kerensky.

El Poder de un Gobierno se basa principalmente en los medios de que dispone para hacer efectiva su autoridad, de la cual dependen las ramificaciones de ese mismo Poder en las diferentes regiones en que se divide una nación. La autoridad por sí sola, representa el tácito consentimiento de la mayoría que la acepta, la respeta y la dignifica con su cooperación y obediencia;

obediencia que, para el individuo, significa el respeto que cada uno debe guardarse a sí mismo. Y no se gobierna con cuartillas ni discursos bien trazados, sino con hechos positivos, ni se produce autoridad con quebrantamientos del Poder, sino con el constante y eficaz aporte de savia, vigor y energía a ese mismo Poder, que resume en sí los intereses vitales de la nación, y no tan sólo los de un Partido o doctrina...

El Gobierno de Kerensky al hacer efectiva su doctrina de pura democracia, en ambiente nada propicio para tan gigantesca reforma, quiso saltar del abismo a la cumbre, salvando la distancia que media entre el principio y la meta, sin tomar en mientes que para llegar a la cima necesario es dejar huellas tras de sí; huellas imborrables que demuestren el lento y penoso trabajo de toda evolución, la génesis creadora de toda transformación social, y sean para el individuo, la conciencia que dirige y el cerebro que piensa.

El Gobierno de Kerensky basaba su autoridad en el desconcierto y en el caos de las pasiones humanas;

La autonomía provincial y comunal dió lugar a las más audaces y bastardas ambiciones;

La indisciplina en el Ejército, que debe ser el estandarte de las virtudes de una nación, entre las cuales la estricta y ciega obediencia ocupa el primer lugar, causó lo que se esperaba: masacres de los oficiales superiores, viles traiciones en el mismo campo de batalla en que se defendía a la Patria, una, sola e indivisible para todos, deserciones y crímenes atroces.

La abolición de la Policía, fomentó los bajos instintos de la plebe, dueña ya del orden público y de la riqueza y honor de los ciudadanos.

¿Con qué medios podía, pues, gobernar ese especie de fetiche ideológico de Kerensky, ridículo remedo de los tribunos de la vieja Roma, quien convencido de su elocuencia, aspiraba tan sólo la palestra pública para dejar oír su verbo impetuoso a la plebe y a la soldadesca acanallada, mientras la situación creada por los sistemas absurdos y utópicos del Gobierno, reclamaba una férrea mano que cortara de raiz las sublevaciones y deserciones del ejército, los escandalosos desórdenes y abusos del bajo pueblo y la espeluznante amenaza de una transformación social?

¿Con qué autoridad y prestigio podía gobernar quien por no violar los principios doctrinarios que inspiraban a su Gobierno, en circunstancias en que todo se permite al gobernante, escondía la mano, envainaba la espada, se cruzaba de brazos y tan

sólo elevaba cánticos a la democracia, con el fin dizque de alejar la tempestad que se avecinaba, como si la plebe soliviantada, fuera manso y humilde rebaño de ovejas que obedeciera ciegamente a la alada música del amo?

Cuando precisa en un Estado ánimo resuelto, energía inquebrantable, férrea voluntad de pensamiento y acción, el gobernante que teme a la responsabilidad, bien sea por someterse a sus principios doctrinarios, bien sea por cobardía o razones vergonzosas e infames de otra índole, se convierte en el oprobio de un pueblo, en peste exterminadora de las más excelsas cualidades del ciudadano, pues da lugar a que nazcan y se desenvuelvan, el descontento, la burla, la desobediencia, la indisciplina, la ociosidad, la corrupción y la rebeldía, que con el tiempo se arraigan en la naturaleza del individuo.

Kerensky dejóse llevar por su ideología, que ataba sus manos, pero sí daba elasticidad a su lengua. No comprendió a su pueblo, ni se dió cuenta de la profunda transformación operada en la conciencia rusa. Ciego por la doctrina, consideró la política como campo de las musas, en que la palabra retozona, la rima rebuscada, la metáfora impresionante y el gesto de damisela, reemplazaban a la obra positiva y consciente del que gobierna un pueblo asumiendo las más graves y duras responsabilidades, con la íntima convicción del que cumple el sagrado deber de gobernar y hacer justicia; deber por el que está obligado a sacrificar el gobernnate, si es para provecho de la colectividad y del Estado, hasta sus más caros sentimientos personales, hasta sus más bellas y generosas ideas.

El sentimentalismo no cabe en la política de un Gobierno. Bien está para las penas, alegrías o esperanzas del corazón, que vuelve sutiles las realidades de la vida con la eterna florescencia de la imaginación. Pero la política, no es imaginativa, ni tiene corazón sensible de arpa eólica. Hechos concretos, verdades irrefutables, casos precisos, problemas impostergables, realidades y más realidades forman el código político, la cartilla política de todo gobernante, en que si cupieran las desazones y requiebros del corazón, cada número volveríase una rima, cada ley una oda, cada reforma un poema.

El sentimentalismo visionario y doctrinario de Kerensky y el de los que componían su Gobierno, quienes demostraron absoluta incapacidad para tomar decisiones rápidas y eficaces, pero amplia competencia para discutir y postergar resoluciones de índole apremiante, fortificó la revolución bolchevista, que en las sombras movíase diestra y seguramente, dirigida por manos

hábiles que aprovechaban el caos político, para organizar con maestría el frente de guerra proletario, que derrumbaría sin ninguna dificultad el inepto y pusilánime régimen de Kerensky.

A las manifestaciones hostiles del pueblo, a las deserciones en masa del ejército, que regresó del campo de batalla con ímpetus salvajes, siguieron las masacres de oficiales en la marina y las proclamas de Lenin, que incitaba abiertamente a la plebe a rebelarse contra el Gobierno de Kerensky y a apoderarse del Poder, cueste lo que costare.

Mientras tanto el Gobierno Provisional discutía las medidas que debían adoptarse en semejante situación, y las adoptaba sometiéndolas a la aprobación del Parlamento, el cual votaba una orden del día alambicada e insuficiente, como acontece en los Parlamentos donde los individuos que lo componen sacrifican todo por la fórmula y el concepto de autoridad, o lo que es peor, por intereses particulares o de partido, aunque con ello peligrare la salvación de la Patria. Los regimientos fieles al Gobierno suplicaban órdenes. Los cadetes de las Escuelas Militares imploraban por una acción inmediata. Los jefes prestigiosos rogaban la represión enérgica y eficaz apoyada en la fuerza de que disponía Kerensky, que cortara de una sola tajada la cabeza del pulpo bolchevista.

Pero Kerensky nada hizo. Fiel a sus principios doctrinarios: alargó la lengua y pronunció discursos.

Al igual de la burguesía indolente, o de cierta clase social o enriquecida, que existe en toda nación, que aprecian su bienestar personal como cualidad inherente al rango de que disfrutan, y no prestan consejo, cooperación ni ayuda a los Gobieros, porque en su infeliz soberbia se consideran acreedores a todos los beneficios, a todos los honores y a todos los favores, o porque en su suicida indiferencia, pesan a los Gobiernos en la miserable balanza de sus intereses particulares, Kerensky no movió un dedo para conjurar el peligro bolchevista. Imperturbable ante la catástrofe, cada día más amenazante, no oyó consejos, ni dió órdenes a la fuerza fiel y consciente de sus deberes, ávida por combatir y destrozar al enemigo, al que era enemigo no sólo del Régimen, sino de la Patria.

A fines de Octubre de 1917, después de ocho meses de Gobierno Provisional, estalló la revolución del proletariado. Algunos regimientos de Petrogrado en consorcio con la plebe, desconocieron el Gobierno de Kerensky, y armados, se prepararon a la lucha en las calles de Petrogrado.

Al darse cuenta de esta situación, Kerensky, que días antes había ofrecido en el Parlamento morir en su puesto, huyó vil y cobardemente de Petrogrado, a preparar dizque la defensa de Gatschina, dejando el Poder en manos de uno de sus compañeros y abandonándolo todo a la hidrofobia bolchevista.

Y ¡oh vergüenza para el honor y la historia de un pueblo!: los únicos que no se rindieron y se batieron hasta que la masacre, y no el combate, acabó con el último de ellos, fueron los casi niños cadetes de las Escuelas Militares de Petrogrado y un heroico regimiento de mujeres!

En Gatschina, Kerensky reaccionó de su inconciencia: trató de socorrer a Petrogrado con las fuerzas de que disponía y de batir a los rebeldes. Pero la resolución in articulo mortis, tardía e ineficaz, hizo sólo aumentar, a los numerosos crímenes del ejército, la traición del Jefe de esas fuerzas, General Krassov, y la de los cosacos y regimientos al mando de este alto oficial. Kerensky volvió a huír, pero esta vez dirigióse a países extraños y lejanos, en donde podía poner a buen seguro su persona. Este hombre fatal para Rusia, que pudo contrarrestar la horrible hecatombe bolchevista, combatiéndola desde su comienzo, dejó sólo tras de sí, las huellas de su ineptitud y cobardía como gobernante, y la comprobación histórica y política, de que los ideólogos recalcitrantes, librescos y utópicos, bien están para adorno de las bibliotecas y museos, pero jamás para dirigir los destinos de los pueblos.

En Petrogrado, después de la masacre sistemática de todos los que resistieron al golpe de Estado bolchevista, y de la ocupación por los regimientos rojos de los edificios públicos, Lenin, asumió el Poder, y entregó la Capital al saqueo, al pillaje, al bandolerismo más infame y más bárbaro de los revoltosos.

En Moscow sucedieron crímenes parecidos, y las demás provincias supieron de la revolución, por comunicaciones telegráficas en que simplemente se les hacía conocer el cambio de Gobierno.

En esta forma, señores, s ellevó a cabo la revolución del proletariado. Un puñado de audaces y desalmados, aprovechó del caos político y del desconcierto público, creados por el Gobierno de Kerensky, y asestó diestra y directamente el golpe definitivo que lo hizo dueño de los destinos del pueblo ruso.

Una minoría irrisoria, organizada y audaz, puede más, muchas veces, que una mayoría indolente y pusilánime, sobre todo si esa minoría apoya su audacia en la debilidad del Gobierno que representa la mayoría.

Lenin, Trostky, y demás bolchevistas, comprendieron el momento propicio, único en los anales de la historia rusa, para aúnar las pocas pero fieles fuerzas de que disponían, dentro de una disciplina inquebrantable, y acometer resueltamente al Gobierno.

La guerra, el desconcierto político, la indolencia burguesa y los métodos empleados por el Gobierno utópico de Kerensky, facilitaron la labor de Lenin y la de sus compañeros, y obligaron a dar el golpe de Estado bolchevista, ante la sorpresa e indignación del mundo entero.

En pocos meses, la Rusia de los Zares, trocóse en Rusia del Proletariado! En poco tiempo la odiosa autocracia zarista, convirtióse en la más abominable y criminal dictadura de la plebe! El absolutismo, la corrupción y la tiranía de la casta noble, engendró el absolutismo, la depravación y la degeneración de la más baja clase social rusa, y de esta monstruosa concepción, nació, entre un mar de sangre, el dios de la destrucción y de la muerte, el dios bolchevista.

Por un sentimiento de decencia, no nos detendremos a considerar los horrendos e infamantes crímenes cometidos en los primeros días del triunfo bolchevista, ni pararemos mientes en las absurdas declaraciones de los derechos del pueblo obrero, ni en las organizaciones del Poder Central, del Comité Nacional Central Ejecutivo, del Consejo de Comisarios del Pueblo, etc., constantes en la Constitución y Reglamento de la República Federalista Rusa de los Soviets, pues la breve exposición de los hechos, servirá mejor que cualquier comentario.

Siendo nuestra opinión que la vida económica de los pueblos fue la causa primordial para que Marx creara su teoría comunista, entraré de lleno sólo en las reformas económicas efectuadas por el Poder del Soviet Ruso, ya que las Legislaciones Política, Civil y Judicial, carecen de importancia dentro de la dictadura proletaria, y son, como si dijéramos, partes diminutas de la legislación económica, en la que se levanta el armazón del Estado bolchevista.

De conformidad con los postulados del Marxismo, se abolió la propiedad privada, se socializaron todas las industrias, se incautaron todos los medios de producción, de cambio y de transporte, y todas las actividades privadas del capital, las que pasaron a ser monopolio único y exclusivo del Estado, que velaba al mismo tiempo por el reparto o distribución de los productos.

La abolición de la propiedad privada dió como resultado la expropiación de todo lo que pertenecía a los capitalistas y burgueses, en provecho de la masa proletaria, que se apoderó con frenesí y saña de lo que siempre ella había mirado con la envidiosa pasión de sus bajos instintos, como privilegio de la clase pudiente y acomodada. De esta manera no sólo se destruyó la noble virtud del trabajo individual, que es estímulo constante, porque es poder adquisitivo, que es iniciativa, porque es competencia, que es entusiasmo, energía, fuerza, vida, porque en él se basan la felicidad y el progreso de los pueblos, sino que se consagró la molicie, la corrupción y el robo, se sepultó en el cieno a la santa ambición, que no sólo es impulso constructor y generador de realidades, sino también factor numérico, dentro de la economía de un Estado.

La socialización de las industrias convirtió al obrero en patrón y dueño de la producción industrial. Dado el principio, según la teoría comunista, de la absoluta igualdad de los derechos de la masa obrera, la jerarquía administrativa desapareció, creándose en su lugar el "control obrero", que se encargó de la dirección de las industrias. Esta reforma arruinó la gran industria rusa, en forma tal que disminuyó, según las estadísticas bolchevistas, el setenta por ciento de la producción, pues la indisciplina obrera, la falta de técnicos hábiles y expertos en el difícil manejo de las fábricas, desquiciaron la organización industrial y por ende produjeron la más tremenda crisis económica del Estado, quien proporcionaba a las industrias las materias primas y el capital. Además, faltando la iniciativa y ganancia individual, que es competencia y fuente de ahorro, y por lo tanto riqueza nacional, el "control obrero", dueño absoluto de la producción, tenía que ser antro infecto del robo, de la pereza y de la inmoralidad, pues al suprimir la autoridad responsable y consciente del patrón, facilitóse la consecución del desenfrenado goce personal, por medio de la riqueza obtenida sin dificultad ni trabajo alguno, pero sí con fraude, engaño o dolo, de los que intempestivamente se convirtieron de obreros en patronos.

La nacionalización de las industrias, al elevar al "control obrero" en clase privilegiada, empeoró material y moralmente las condiciones de la mayoría obrera, sujeta a salarios exiguos, inferiores a los de antes de la revolución, y a las dificultades cada día más apremiantes de la vida, que encontraban satisfacción en el abandono de los talleres y en el enrolamiento de estos obreros en las hordas salvajes de los regimientos de guardias rojas, en los que la paga era superior y había la aspiración de llegar, según la cantidad y calidad de crímenes cometidos, a fun-

cionario del Gobierno Soviet, el que llevaba en su emblema, como símbolo de su poderío, la podredumbre humana.

La socialización de las industrias, en la que se basa casi toda la teoría económica comunista, trajo, pues, como consecuencia, la ruina económica del nuevo Estado ruso, la más horrenda depravación de la mayoría obrera, y la creación de una casta corrompida y criminal, que consideraba el robo y la ociosidad como cualidades exclusivas a su autoridad, a despecho de la amargura, miseria y hambre del resto del pueblo ruso.

La incautación de los medios de producción y de las actividades del capital y el reparto y distribución de los productos, mataron todo estímulo de trabajo, y fueron la causa principal del horripilante flajelo del hambre que asoló a la desgraciada Rusia en 1921 y en 1924, en el que murieron cerca de treinta millones de seres humanos!

El Gobierno del Soviet al apoderarse de la producción agrícola para distribuírla en la colectividad, hirió en lo más hondo el interés individual del campesino, que trabajaba la tierra con miras positivas de obtener ganancias para la sustentación y comodidad de su familia y para labrarse un porvenir basado siempre en el aumento de su riqueza. Arrancados por la fuerza los productos que representaban la dura y paciente labor del campesino, para repartirlos entre holgazanes y criminales, éste no trabajó ni sembró lo mismo que en los años anteriores a la revolución, sino lo indispensable para atender a las necesidades de su hogar. Además, el capital que antes de la revolución conseguía el labriego casi sin dificultad alguna, hoy la consolidación de todos los bancos en uno solo, bajo la férula del Estado, y la incautación de todas las actividades del capital, imposibilitaban toda operación financiera, pues el campesino tenía que vencer obstáculos insuperables, que el mecanismo de la burocracia administrativa y la ideología comunista, habían creado en las sencillas y rápidas transacciones comerciales.

Las sequías complementaron la obra destructora bolchevista. Las pequeñas siembras no produjeron ni siquiera lo necesario para abastecer el consumo de las grandes ciudades. Y el hambre, fatídico fantasma de desolación y muerte, cirnióse en el cielo de la roja Rusia, como castigo a la locura y depravación humanas. Sin piedad, ni misericordia, con la ferocidad de la bestia salvaje que no respeta el candor de la inocencia ni las vidas indefensas, el hambre arrasó poblaciones enteras, destruyó por completo la de ciertos pueblos y villorios, y convirtió a la

desgraciada Rusia, en una tumba, en una inmensa y conmovedora tumba, llena de miserables despojos humanos, a cuyo borde, repletos de sangre inocente, sonreían de satisfacción y de placer, al ver su obra, el lobo y el cuervo bolchevista. "El hambre ha sido el mejor aliado del Bolchevismo", declaraba cínicamente Lenin. Y tenía razón Lenin al expresarse en esa forma. El hambre hundió en las tinieblas de la nada la justa indignación y rebeldía de la mayor parte del pueblo ruso que parecía prepararse a vindicar sus derechos y a castigar, con el brazo reparador de la Justicia, a los criminales que le habían engañado y sumido en la más horrenda ruína y miseria.

Palabras faltan al léxico para explicar las trágicas e inenarrables escenas, las atrocidades e inconcebibles crímenes cometidos durante el flagelo del hambre. Basta decir, señores, que el canibalismo se constituyó en sistema hasta en los hogares, y los pobres pequeñuelos fueron pasto de la voracidad de los extraños y hasta de sus mismos padres. Ya podéis imaginaros a qué estado de inconciencia y de locura llegaría esa gente, y cuál habría sido el proceso amargo de sus miserias y privaciones!

Y en medio de esta indescriptible hecatombe, de esta como maldición de Dios, el funcionario, el soldado, el obrero enriquecido, el "moujick" salvaje, que encarnan el Poder del Soviet, y disponen de todos los recursos con que cuenta la nación rusa, entregáronse, a la vista de la muchedumbre miserable y hambrienta, a los más apetitosos festines, a los más desenfrenados placeres, a las más depravadas orgías, como si festejaran el triunfo de la miseria, del canibalismo, y de la muerte.

El Gobierno Soviet incapaz de contener la ola de hambre que consumía al pueblo ruso, poco o nada hizo para aliviar la desgraciada suerte de millares de infelices que emigraban a las ciudades en busca de consuelo, pues los contados que habían quedado en las regiones devastadas por el hambre, eran cadáveres vivientes minados por las pestes y la locura. La tarea del Gobierno se redujo a recoger por temor al desarrollo de epidemias asoladoras, no por un sentimiento de caridad, virtud incompatible con la ferocidad bolchevista, los cadáveres de los infelices que morían por centenas en las calles y casas de refugio de las ciudades, y a enterrarlos en inmensas fosas comunes, abiertas la mayor parte de ellas, que eran centros de provisión para los lobos y los cuervos. En esta forma sepultaban los bolchevistas a los restos de esa desgraciada e indefensa gente. En los campos, osamentas humanas cubrían grandes porciones de tierra: los perros y las aves de rapiña habíanse encargado de devorar las desfallecientes y ennegrecidas carnes de los hambrientos, a cuyos

cuerpos se había negado hasta la sepultura. Y, Oh! horror! Oh! atrocidad! Oh! injusticia de la suerte!: las osamentas de los niños formaban la mayoría de esos despojos humanos!

El mundo entero sobrecogióse de dolor por la horrible hecatombe rusa, y se abrieron suscripciones para socorrer con alimentos a ese pueblo. Olvidó Francia la infamia bolchevista al anular y negarse a pagar la deuda, hasta de gratitud, no sólo pecuniaria, contraída por Rusia con esa nación. El pueblo francés cooperó noble y generosamente a la campaña en favor de quienes descaradamente habían robado sus ahorros, haciendo piltrafas el honor sagrado de la Patria.

Yo fuí testigo en 1922 de la cruzada humanitaria llevada a cabo en la gran Nación Americana. Las erogaciones espontáneas de los capitalistas y burgueses estadunidenses ascendieron a varios millones de dólares. La benemérita Cruz Roja Americana se puso a la cabeza de este movimiento, y en poco tiempo consiguió reunir lo necesario para mitigar en gran parte la desgraciada suerte del pueblo ruso. Una comisión de médicos americanos trasladóse a Rusia, y se encargó de combatir las pestes y de curar con sus manos las llagas purulentas de los hambrientos, abandonados a su propia suerte por la criminalidad bolchevista.

Fue el capital, proveniente de capitalistas y burgueses, proveniente en su mayor parte de la nación más capitalista del mundo, los Estados Unidos de Norte América, odiada y vilependiada por la barbarie rusa, el que, guiado sólo por los sentimientos de solidaridad humana, de amor al prójimo, de caridad con el desgraciado, mitigó los sufrimientos de los desvalidos, hizo renacer la vida en el país de la muerte, demostrando así lo que puede el altruísmo, que es desinterés, abnegación, caridad y sacrificio, virtudes que jamás podían practicarse en pueblos, como el ruso, regidos por presidiarios, por forajidos, por caníbales, por bandidos de la más baja especie.

Estas fueron, señores, las consecuencias de las reformas económicas llevadas a cabo por el Gobierno bolchevista; reformas en que, como he dicho antes, se basa casi toda la teoría comunista de Marx, que no sólo han sido el más tremendo fracaso para la economía del nuevo Estado ruso, y para el bienestar de la colectividad, mas también causa de descomposición social y moral, de corrupción de los más sagrados sentimientos humanos, de ferocidad de las pasiones más bastardas y del loco y sangriento delirio de destrucción, que desde el principio del triunfo proletario se convirtió en sistema del Régimen Soviet.

¿Y qué decir, señores, de los derechos inmanentes, civiles, y políticos del individuo? ¿Qué decir de las Legislaciones Política, Civil y Judicial del Estado bolchevista? Dentro de la Dictadura del Proletariado, de la oligarquía de la plebe, qué derechos ni libertades podían concedérsele al individuo? La exposición de los hechos, en cuanto se han referido solamente a las reformas económicas, explica en qué forma comprendía el Gobierno Soviet la teoría comunista y qué métodos empleaba para ejercer su Poder. Pero para mayor abundamiento copiaré un párrafo de Aymard relativo a este punto:

"Todos los Poderes están reunidos en unas mismas manos, las de los Comisarios del pueblo: el legislativo, ejecutivo, administrativo y judicial. Ningún texto para guiar al juez. Cada uno obra, decide, condena, según las propias luces que posee en su conciencia revolucionaria. Una máquina administrativa inexorable y feroz que ningún principio la regla, y ninguna tradición la entraba, la que despedaza implacablemente todas las resistencias".

Para terminar esta parte de mi conversación, hablaré sobre el terror implantado por el Bolchevismo.

La revolución rusa se caracterizó, como bien lo dice Lenin: "por la exterminación del capitalista y del burgués, y de todo cuanto impidiera la Dictadura del Proletariado". Este sistema tuvo como consecuencia la imposición implacable del terror, a fin de conseguir la sumisión pacífica y servil de todo el pueblo ruso. Los enemigos del régimen, o supuestos enemigos, desaparecieron en esta vorágine sangrienta, ora sea masacrados o vilmente asesinados, ora sea por hambre, pues en la clasificación de personas y estómagos para el reparto del pan, esa infeliz gente, que el Gobierno bolchevista la colocaba en la última categoría, percibía la más mínima ración, "a fin de que no se olvide del olor del pan", como declaraba infamemente Zinovief.

Las protestas y la indignación del pueblo y de los mismos intelectuales y proletariados socialistas que habían ayudado a la revolución, encontraban eco sólo en el silencio de la muerte. Y para más ignominia, si puede caber más ignominia en la criminalidad bolchevista, el Poder del Soviet creó la horripilante institución asiática de la "Tscheka", herencia de la Okrana, pero más retrógrada y más feroz que esta institución policial que fue la peor vergüenza del absolutismo zarista.

Las masacres, el degollamiento, el asesinato, el hambre, erigidos en sistema de Gobierno, en doctrina del Estado, eran las nuevas armas de que se servían los nuevos tiranos de Rusia, para imponer su autoridad a ese pueblo que aterrorizaban, y al que tantos beneficios le habían ofrecido. El burgués, el noble, el oficial, y la familia de éstos, en los que se contaba la "élite" de la intelectualidad rusa, no la acanallada y arribista, sino la consciente y responsable, la científica y artística, eran considerados como perros sin dueño. Asesinarlos a mansalva, se juzgaba como acto de heroísmo, como hecho que iba en bien de la causa común del proletariado, como el deber del verdadero comunista. "Matad burgueses, nobles y oficiales, decía Lenin, todos esos perros, serán siempre enemigos del soviet". Así se expresaba el padre de la revolución proletariada, el cerebro más privilegiado del comunismo en Rusia. Ya podéis imaginaros cuáles serían las órdenes y los actos de los que rodeaban a Lenin y eran tan omnipotentes como ese dios de la muerte!

La angustia aprieta el corazón, y el espanto, la indignación y la repugnancia cierran el alma, resistiéndonos a creer la verdad de los hechos, al estudiar de cerca en fuentes fidedignas, de comprobada probidad, la barbarie rusa, que en diez años de Gobierno Soviet ha costado a esa nación más de treinta millones de seres humanos, cálculo aproximado en el que no se cuentan los millares que han perecido sin dejar huella en las cavernas tenebrosas de la Tscheka. De éstos, cuatro millones han sido torturados, masacrados, infame y cobardemente asesinados, el resto ha desaparecido por hambre, frío, miserias, privaciones!

La razón se ofusca, y el entendimiento no alcanza a comprender tanta ignominia. Por más que meditemos y estudiemos las causas de la hecatombe rusa, disminuyendo con generosa condescendencia las consecuencias de la revolución del proletariado, no llegamos sino a comprobar, muy a pesar nuestro, la ferocidad de la bestia humana, que erigida en Poder, sedienta de sangre y de venganza, se revuelve en el charco inmundo de sus pasiones con el loco frenesí de destrucción de todo lo bueno que existe a su alrededor, de todo lo que impide o puede impedir la consecución de sus más primitivos instintos.

Pues las revoluciones sociales conmueven los cimientos de la sociedad, las bases del Estado, removiendo de las conciencias la pátina que esconde los instintos primitivos de las masas. La baja plebe, refrena sus instintos, atempera sus pasiones y es factor de organización y progreso, cuando no se embriaga con el concepto de libertad, que es libertinaje, corrupción, tiranía, en manos de esa plebe erigida en Poder, tanto más destructora

cuanto menos comprende su responsabilidad. Y si a esto se añade el odio eterno del desheredado de la fortuna por quienes gozan de mejor situación, el Poder se convierte entonces en arma vengadora e implacable de exterminio; macabra orgía en la que desaparecen hasta el honor y la dignidad del Estado.

Los filósofos y pensadores de la revolución francesa no previeron los horrores cometidos en nombre de sus bellas doctrinas. Los socialistas rusos, ejes de la revolución comunista, jamás se imaginaron la hecatombe rusa, y la fría realidad nos demuestra, cómo los pueblos de Francia y Rusia, en parecidas condiciones, hundieron en el fango de sus crímenes, hasta los más sagrados sentimientos e ideales del hombre. Esto jamás quiere decir que hagamos un parangón entre la Revolución Francesa y la Proletariada. El abismo separa estas dos revoluciones. En la primera hubieron jacobinos y girondinos, en la segunda sólo hay criminales. La Revolución Francesa interpretó el estado evolutivo del hombre, respondió a las necesidades espirituales y materiales del momento y del individuo, construyó para el futuro de los pueblos el armazón de sus ideales, y dictó a las naciones el código de los derechos humanos. La revolución bolchevista representa tan sólo la traición, el crimen, la audacia, erigidos en Poder, la plebe acanallada que ahoga todo sentimiento noble y generoso, toda virtud humana, que destruye todo lo bueno que encuentra a su paso, con miras positivistas, con miras egoístas de clase privilegiada, a la que deben sometesre el resto de los seres. Y esto pertenece al caos, a la podredumbre humana, y no a la eterna marcha de la evolución y a la constante y profunda aspiración de perfeccionamiento en todo orden de cosas, en todo orden social.

La mayoría del pueblo ruso, compuesta de campesinos y de agricultores, se dió cuenta exacta del alcance de la revolución, cuando el hambre asoló sus hogares, y cuando las hordas de forajidos, guardias rojas, ex-presidiarios, obreros y marineros, agentes del Kremelin, saquearon sus indefensas viviendas, y masacraron y degollaron a todos los que se les presumía como enemigos del Gobierno, sembrando por donde pasaban, la desolación, el hambre, el caos.

El terror jamás igualado en la historia rusa, despertó a ese pueblo de su ignorancia y sumisión, pero de nada le valió su despertar tardío: ¿Con qué voluntad, con qué energía, con qué fuerza, podía deshacer el nudo que lo ahorcaba? Sus súplicas, sus sufrimientos, sus miserias, encontraron eco sólo en el silencio de la muerte. La lucha desigual, se concretó al esfuer-

zo íntimo, a la indignación interior, a la protesta muda, que si son móviles de acción, no alcanzan a armar el brazo potente y destructor que castiga al criminal y vindica los fueros de la justicia, del derecho y del honor.

¡Cuántas bellas páginas de valor ha escrito el hombre en la historia! Pues el valor personal, que es serenidad consciente ante el peligro, siempre será la barrera inexpugnable en donde se estrellen el crimen, la osadía y la audacia. Al pueblo ruso le faltó este factor primordial, engendrador de supremos esfuerzos y sublimes acciones. Acosado por todas partes, víctima del terror que jamás vieron sus ojos, testigo del hambre, del frío, de las miserias, de las torturas y degollamiento de sus conciudadanos; incapaz de reaccionar contra sus verdugos, ya por cobardía, ya por ignorancia, el natural instinto de conservación, que en muchos seres es más fuerte que la dignidad y el honor, amordazó su lengua, imposibilitó su brazo, y al hundirse en el mar de sangre que lo anegaba, para adorar, purificado de toda mancha..., al dios de la destrucción y de la muerte, hundió también la última esperanza de salvación de un gran pueblo, que la barbarie asiática y la demencia rusa convertidas en Poder, lo empujaban hacia el antro de la más repugnante depravación y degradación humanas.

Los mejores: los varones íntegros que representaban la verdadera y alta intelectualidad rusa, en todo campo de acción del cerebro humano, conocida y respetada en el mundo entero. Los burgueses: modelos de ciudadanos, factores principales en que se basaban la riqueza y el progreso de ese país. Los militares, oficiales superiores e inferiores: guardianes del orden, de la organización, de la vida y del honor nacionales, cuyos actos de abnegación y patriotismo llenan las páginas de la historia rusa; y en fin, todo ser dotado de elevados méritos, de reconocidas cualidades morales e intelectuales, capaz de enfrentarse a la tiranía, desaparecieron del escenario de la vida pública rusa. Unos, la mayor parte, en las masacres, asesinatos y degollamientos, después de refinadas torturas mongólicas; otros, los más felices, se salvaron, Dios sabe cómo, ya que estaban cerradas todas las salidas, inmigrando a países lejanos; y el resto, los más desgraciados, yace todavía o en las cavernas de la Tscheka, o bajo la bota asquerosa del moujick, que si les perdonó la vida, condenóles a algo peor que la muerte, al suplicio de la esclavitud abyecta.

Cuánta vida inmolada en los altares del culto bolchevista! La Tscheka, misteriosa, omnipotente, sanguinaria, refinada en las torturas, insaciable en la destrucción, aplaca la sed de sangre de sus dioses asiáticos, ofreciéndoles sacrificios humanos! No

le importa los medios, ni los obstáculos que encuentra a su paso. Todo le es permitido. Hasta los déspotas del Kremelín tiemblan y se inclinan ante este Poder policial, al que califican ciertos escritores de "Estado dentro del Estado", pues su oculto Poder no se limita tan sólo a la dirección de la política secreta comunista, sino que vigila, orienta, y ordena la política del nuevo Estado ruso. Poderosa en su organización, omnipotente y soberana en sus atribuciones, independiente de toda autoridad e influencia, la Tscheka gobierna en las sombras con un fin propio, como si élla encarnara el verdadero espíritu e ideología del Estado bolchevista.

El alma asiática de ésta institución medioeval, que aventaja en crímenes y torturas a la Inquisición, es quizá la causa principal del estado actual de Rusia y de su aislamiento en el mundo. Su Poder se basa en el terror y en la ignorancia de las masas, medios de que se sirve para combatir toda influencia exterior en el ánimo del pueblo oprimido y en la nueva generación rusa, sujeta a la más depravante e ignominiosa educación; pues la renovación de contacto con las naciones en el orden moral, intelectual o financiero, significa para la Tscheka una amenaza, un peligro para los dogmas y tiranía comunistas. De ahí, pues, que mientras los déspotas que gobiernan desde el Kremelín conseguían la cooperación internacional en el orden económico, sus compromisos fracasaban ante la intransigencia de la Tscheka, que no puede concebir ninguna ingerencia extranjera en la vida de un pueblo, que ayer no más fue factor principal dentro de la necesaria convivencia de las naciones.

En esta concepción retrógrada de las ideas comunistas, y en la criminalidad irracional que la complementa, se basa la doctrina del nuevo Estado ruso, mezcla híbrida de las teorías de Marx, del realismo eslavo y de la bárbara y repugnante ideología asiática.

Estas han sido, señores, las consecuencias de la revolución bolchevista, catástrofe humana que perdurará en los siglos, como sangrienta enseñanza para los pueblos que quebrantan las leyes de la evolución y hunden en el caos, la Justicia, la Libertad y el Derecho. Estos son, señores, los resultados obtenidos por quienes aplicaron la ideología de los conceptos y la abstracta especulación de las ideas de una doctrina, en la siempre eterna realidad de las cosas. Esta es, señores, la santa revolución del proletariado, la santa guerra contra el capitalismo, cuyo completo fracaso lo resume, en las siguientes frases, el mismo brazo omnipotente del comunismo, Lenin, en vísperas de su muerte, decepcionado de su obra:

"Imbéciles son aquellos que creen que se puede gobernar con la muchedumbre". "El capitalismo antes de ser un enemigo del comunismo, es un aliado necesario, un hecho inevitable". "Basta de ilusiones. Es ridículo cerrar los ojos a la verdad. Prohibir a la Rusia toda práctica de cambios comerciales, sería una estupidez, un suicidio: una estupidez porque es lo mismo que oponerse a lo irrealizable; un suicdio, porque es lo mismo que condenar al régimen a un fatal fracaso. Ahora bien, los cambios, la libertad comercial, crearán entre los ciudadanos relaciones de naturaleza capitalista. Será esto una desgrcaia? Somos estúpidos y débiles. Tenemos la costumbre de decir que el capitalismo es un mal. Pero el capitalismo no es un mal sino con relación al Socialismo. Con relación al estado actual de la Rusia, el capitalismo es un bien".

Ahí tenéis las declaraciones casi póstumas del padre de la revolución proletariada, del hombre que sumió a su pueblo en el caos de la infamia. Necesario fue que la muerte amedrentara su infelicidad humana, para que renegara de todo lo hecho y ordenado por él, y de lo que había proclamado como únicas causas de la revolución: la abolición del capitalismo y la dictadura del proletariado. Sus palabras deben haber repercutido en los oídos de la canalla que rige hoy los destinos de la Rusia, pero esas palabras no han encontrado eco sino en el silencio de la nada. Ya que toda canalla erigida en Poder, jamás puede ceder su absolutismo y entrar por los senderos de la razón.

Utopía rusa! Demencia y realismo eslavo! Criminalidad mongólica! Qué haz de ideas! Qué conglomerado de extraños y desconcertantes conceptos! Qué emporio de depravaciones e inconcebibles crímenes, han sido la resultante en la práctica de la experiencia comunista! La historia y la realidad jamás fueron sus consejeros. Las pasiones, la imaginación, y el crimen, ofuscaron a la razón. El pensamiento se plasmó en la utopía. Y este aborto de la inteligencia y la barbarie al tocar los hombres y las cosas, hundió en el caos la civilización de un pueblo, y destruyó, pulverizó, las conquistas del espíritu, que dignificaban al hombre elevándolo hacia Dios.

¿Y será posible considerar a la revolución proletariada como el resultado inmediato del progreso humano? ¿Será posible atribuirla los caracteres más avanzados de civilización y adelanto? ¿Será posible que la califiquemos de libertadora, redentora y justiciera, y la ensalcemos, la envidiemos y propaguemos sus ideas entre nuestros semejantes?

Sin tomar en consideración los hechos relatados, bien podemos observar que la evolución humana no depende tan sólo de las doctrinas del hombre, las doctrinas son un medio, jamás un fin. Hay algo más misterioso y profundo que el cerebro humano. Hay algo más organizado y potente que su limitada inteli-

gencia. Espectadores de los fenómenos, cuyas recónditas causas no conocemos, nuestra esfera de acción se limita a lo que vemos, y a lo que la razón y el pensamiento, al través de las edades, han venido acumulando en la conciencia de los hombres y en el orden y armonía de las cosas. Hay deberes, pues, ineludibles para la inteligencia y derechos incontrovertibles de la humanidad. Utopía es trasgredirlos. Demencia es proscribirlos.

He expuesto los antecedentes, los hechos, las consecuencias de la revolución bolchevista, y apenas he apuntado ligeros comentarios respecto a su doctrina. Me atrevo a creer que esta relación debe haber dejado en vuestros ánimos, sentimientos de piedad, de horror, angustia y repugnancia, por la descomposición moral, intelectual y material de la desgraciada Rusia, regida por una minoría criminal, que jamás puede representar al noble y generoso pueblo trabajador, consciente de sus deberes y de sus derechos, arteria principal de una nación, base donde descansa la grandeza y el progreso de los pueblos. Mi crítica, mejor digamos, la exposición de los hechos, desapasionada, señores, me ha servido para explicar el alcance de la revolución bolchevista, cuyos dirigentes no contentos con haber sumido a Rusia en el abismo de la ruina, laboran en la sombra para conseguir el trastorno social en todas las naciones del mundo, apoyados en la ignorancia de la plebe, y en la indiferencia e indolencia de los Gobiernos, y de la burguesía.

Basta recordar lo que aconteció en Italia, en Alemania, en Bulgaria, en Hungría, y observar la amenaza constante bolchevista, que convulsiona hasta a las jóvenes Repúblicas de las Américas, para cerciorarnos de la incansable y criminal propaganda rusa en todos los países del mundo, y de la influencia que ejerce hasta en naciones que, como en la nuestra, no existe el proletariado, ni problemas sociales o económicos de difícil resolución, sino que por el contrario la actividad humana se desenvuelve bajo los mejores auspicios, con los más fáciles y generosos medios de que dispone ésta nuestra bella y feraz naturaleza, pletórica de juventud, de vida y de energía; campo virgen para todo esfuerzo del hombre que construye realidades para él mismo y para su Patria, y no anda a caza del pobre y barato renombre o prestigio, guiado tan sólo por la ansia loca, por la desmedida ambición de figurar o influenciar en la política lugareña, a fin de protejer sus intereses personales, a costa aunque sea de la tranquilidad y descrédito de la nación. Y no hay peor plaga para un país, que esta gente, siempre sabia y con suficiencia en todo: Salomones de barro, que al primer soplo se derrumban en pedazos, revelando la proterva delincuencia que esconden en el

fondo de sus almas, forjadas con el lodo impuro de los más bajos y viles egoísmos.

Precisa, pues, que todo ciudadano se dé cuenta exacta de lo que ha significado a Rusia la demencia comunista, y que aunando todos nuestros patrióticos y desinteresados esfuerzos, vigilemos toda palpitación social, en orden a conjurar el peligro, caso de que existiere, o a arrimar nuestro hombro en la justa obra de mejoramiento individual de quienes, por la suerte del destino, no disponen de los medios necesarios para conseguir por sí solos una cultura o educación que sea escudo invulnerable contra las asechanzas de los agitadores bolchevistas, contra los melífluos discursos de los embaucadores arribistas, que por desgracia abundan en las incipientes democracias hispano-americanas, y al mismo tiempo factor esencial en que se apoye hasta la vida política del Estado, que no pertenece a unos pocos, sino a todos los que componen la nación.

FASCISMO

Ahora os hablaré del Fascismo:

En la historia de la civilización antigua, Roma, grande y severa legisladora del mundo político, fué la que creó el concepto del "Imperium", o sea el de Estado o Nación, elevándose así sobre el principio de la razón individual que constituía el ideal de Grecia. A este concepto de Nación, Roma le dió forma, le dió vida, leyes para dirigirlo, ideales para alimentarlo, fuerzas para sostenerlo, levantando el edificio maravilloso y gigantesco del Estado, admiración de las edades, fuente inagotable de civilización y progreso de los pueblos, el que resumió en sí, la potencia y grandeza de la República y del Imperio Romanos. De Grecia trasladóse a Roma la refinada cultura del intelecto, el amor a lo bello. De Jerusalén el concepto monoteista de la religión judaica; y esta unión de elementos, hizo de Roma la Capital del Mundo, la civilizadora de los pueblos, la maravilla del género humano, la Aurea Roma, la Roma Eterna.

Han pasado los siglos: Es la edad épica y heroica del Resurgimiento. El largo, penoso y trágico proceso de unión de la Itala tierra, culmina con la esplendente apoteósis de la idea de Patria, una, sola e indivisible. Se consagra con más brillo el concepto de Nación, y la omnipotencia de Roma cae ante las valerosas e indómitas legiones de Garibaldi y Víctor Manuel I; ante el excelso pensamiento de Massini y la genial diplomacia de Cavour, ante la realidad espiritual, social e histórica del gran pueblo, en cuyos hombros se asentará el nuevo Estado glorioso de la Unidad Italiana.

Han pasado los años: Las consecuencias o crisis de la guerra de 1914, sumen en el caos a ese mismo pueblo, que desilusionado por los resultados de la victoria y sujeto a la política deletérea de los partidos, busca refugio en la utopía de una doctrina oriental, en la desorganización y ruina de la nación italiana; y cuando las tinieblas parecen obscurecer el bello azul del cielo italo, hundiendo en las sombras su glorioso pasado, surge

la espada clarividente del Fascismo: con mano vigorosa, en que la sangre joven corre a borbotones, rasga las nubes negras; aplasta la hidra bolchevista, y triunfante en la batalla, con la áurea divisa de Patria en la frente, entra a Roma a levantar el edificio grandioso del Estado moderno italiano.

Maravilla al espíritu, abisma a la inteligencia, glorifica el genio humano, el poder de ciertos pueblos que de los escombros renacen pletóricos de vida y energía, para seguir al través de las vicisitudes del mundo y de las veleidades de la humanidad, la triunfante y luminosa trayectoria de sus destinos.

En los tiempos antiguos, Roma casi desapareció del Universo: el Cristianismo la salvó del caos de la nada. En los tiempos modernos, Italia unificada, en vísperas estaba de desaparecer en las fauces del dios bolchevista, el Fascismo la ha salvado, creando una nueva Italia, que, al igual de la Roma pagana y de la cristiana, influirá en la vida y en la conciencia de los pueblos, sobre todo en la de los latinos, con el ejemplo de sus proezas, y con el constante, renovado y poderoso esfuerzo de acción del pensamiento y de la voluntad, en la obra portentosa de la reconstrucción del Estado, de la grandeza y prosperidad de la Patria. De esta nueva Italia voy a hablaros, señores.

Como ya os he dicho, es imposible definir con exactitud el Fascismo o circunscribirlo en la fórmula monótona de un credo determinado. Definirlo sería limitar su esfera de acción. Encerrarlo en un dogma o teoría, sería anular su carácter esencialmente revolucionario.

Siendo un movimiento espiritual, basado en la realidad de las cosas, la filosofía y la ideología del Fascismo, no son el producto de la razón pura ni de antojadiza especulación abstracta, sino la resultante inmediata de la comprensión del individuo y de la vida efectiva del Estado, dentro de un orden social. Por eso sus métodos varían de conformidad con las circunstancias; y como innova y revoluciona constantemente hacia un fin mejor, conservando tan sólo lo que forma el alma nacional italiana, patrimonio de los siglos, su dialéctica es fuerza dinámica de acción, poderoso impulso renovador de nuevos ideales y energías, en la que sólo están escritos con marcas profundas e indelebles, los conceptos reales de Patria y de Estado, a los que todo deben los ciudadanos, y por los cuales cualquier sacrificio, por duro que sea, significa no sólo el cumplimiento del deber, sino la satisfacción consciente del sacrificio.

El individualismo egoísta y soberano del hombre, se sujeta, pues, a la pragmática fascista, que no obstante preconizar la jerarquía, la disciplina, la abnegación, el sacrificio y el duro trabajo, apoya y respeta el libre desenvolvimiento del ser humano, enaltece y dignifica todo orden de actividad individual, siempre que no entraben la vida del Estado, que representa el bien de la colectividad. Así el pensamiento fascista se cristaliza siempre en acción, en férrea voluntad reflexiva que obra resuelta y eficazmente sobre la realidad de las cosas, siguiendo un fin esencialmente espiritual: la grandeza de Italia, al que convergen todas las tendencias, todas las aspiraciones, todos los esfuerzos, todas las variadas psicologías del individuo que interpreta la vida a su manera, y traza en el camino movedizo y complejo de la existencia y de la historia, su propia personalidad. En esta forma el Fascismo reemplaza la soberanía individual, por la soberanía del Estado y coloca, por consiguiente, a la Nación por encima del individuo, obteniendo la colaboración de los ciudadanos, su respeto y su obediencia.

Nacido en el combate, en la lucha heroica por la defensa de la Patria y de sus instituciones, por la defensa de los principios de autoridad, de orden y justicia, la intrínseca característica del Fascismo tenía que significar reforma en los métodos y doctrinas que hasta ese día habían informado las prácticas políticas de Italia, cuyos resultados se palpaban en el ambiente de destrucción y de descomposición que amenazaba a ese pueblo. Estas reformas tenían, pues, que saturarse de ideas nuevas y cristalizarse en hechos reales, abarcando el armazón del Estado, correspondiendo así la voluntad al pensamiento, la obra a la concepción, a fin de presentar un todo armónico que explicara la Revolución Fascista, interpretara la conciencia nacional, y fuera también la nueva razón de vida del pueblo italiano, la razón de su existencia como gran nación, como gran Estado. Y el Fascismo superó toda transición que media entre el impulso creador y la obra, entre la iniciativa triunfante y la completa y plena realización del triunfo. La fuerza sirvióle de medio para alcanzar un ideal. En la fuerza apoyó la estructura de la idea, pero de la fuerza se valió tan sólo para robustecer la dinámica de su pensamiento, que como onda etérea se difundía, vibrante de pasión y de entusiasmo, en el corazón, en el cerebro y en la conciencia de la mayoría del pueblo italiano. Y una vez obtenida la conquista del Poder, clave de donde emana el progreso de una nación, el Fascismo, con tenacidad inquebrantable, con energía indómita, con valor incomparable, asumió todas las responsabilidades, arremetió en noble y generosa lid contra todo lo que

había impedido o impedía la grandeza y prosperidad de la Patria, y sin un momento de reposo se entregó por completo a la obra portentosa de la reconstrucción del Estado moderno italiano.

El Fascismo hunde sus raíces en la tradición, en el patrimonio de cultura y arte, en el noble abolengo de la gloriosa raza, en la historia de siglos del pueblo italiano. Pero no creáis, señores, que estos preciosos factores que personifican el alma nacional, sean en la balanza del Fascismo aplastantes pesas que la inclinen sólo hacia ese lado. No. Nunca, señores. El Fascismo es renovación constante de fuerzas, de energías, de ideas y de ideales. El Fascismo es juventud, es vida, no la vida que pintan los teóricos y ciertos filósofos, sino la vida real, la de todos los días, con todas sus ilusiones, sus esperanzas, sus alegrías, sus dolores, sus amarguras. El Fascismo es pasión, es fuego que abraza el intelecto y la voluntad. Es fé. Es poder de acción. Es impulso creador y potente que encausa la vida por un sendero, con una meta, siempre presente a los desvelos, pero jamás alcanzada.

Y el Fascismo es orden, justicia, libertad, derecho, cooperación, educación, selección, jerarquía, disciplina, trabajo. Barrera inexpugnable donde se estrella la descomposición y la barbarie bolchevistas, la utopía disgregadora socialista y comunista, la corrupción de las prácticas democráticas y la concupiscencia de la demagogia de los politiqueros de oficio y de los políticos arribistas.

El Fascismo es "élite" intelectual, consciente y responsable. Es la aristocracia del talento y de la virtud ciudadanas, que plasma sus esfuerzos en el bien de la Patria. Aristocracia positiva que se alimenta con hechos y basa su privilegio en los méritos de la obra que ejecuta y en la amplitud de su regazo. Vértice luminoso y alucinante para la masa del pueblo, de la que surgen los escogidos que guiarán a ese mismo pueblo formando esa aristocracia y renovándola.

Y el Fascismo es sinceridad, franqueza, rudeza si se quiere. En la vida social, como en la política, la escueta verdad guía sus pasos. El engaño, la falsía, los compromisos, los favoritismos, los compadrazgos y las trincas, como decimos entre nosotros, las claudicaciones, proscritos están en el código fascista. La estricta justicia resuelve los conflictos, el verdadero mérito es el acreedor a la recompensa.—Aquel que siendo fascista comete un delito por insignificante que sea, se lo expulsa del partido, para ejemplo de los demás y del resto de la nación; pues, el fascista tiene que ser modelo de ciudadano, hombre de acendrado

honor y de valor temerario, listo a sacrificarse por la Patria, a la primera señal, con la sonrisa en los labios, con la satisfacción del deber cumplido. El asesinato de Mateotti, os demostrará la severidad y la absoluta imparcialidad con que procedió el Fascismo en este crimen político. La justicia se encargó de castigar a los culpables con todos los rigores de la ley, aunque entre éllos se contaban personas de alta significación en las filas fascistas.

El Fascismo es sindicalismo nacional, esto es, colaboración, cooperación, de todos los que trabajan con el brazo y con el cerebro. La lucha de clases engendró la separación entre la burguesía y el proletariado: resultado de la teoría socialista. Esta lucha no puede jamás existir dentro del Fascismo: Burguesía y Proletariado se unifican en un núcleo repleto de savia noble y generosa: la solidaridad nacional: comunión del brazo y del cerebro, del espíritu y de la materia, bajo la mirada magnánima, pero justiciera, del Estado, que representa el bien de la Patria.

El Sindicalismo Fascista es escuela de patriotismo y de disciplina, que mantiene su propia individualidad en las diferentes ramificaciones en que se dividen los sindicatos; es poderoso estímulo de trabajo, de acción y de estudio, es recompensa, apoyo, protección a todo esfuerzo humano, a los cuales reune en una Idea común, bajo la égida de la libertad, del orden, del derecho, del progreso y de la justicia. Es clase nacional que hunde sus raíces en la mayoría del pueblo, la que alimenta su razón de ser y su existencia. Y si nos referimos solamente a la mano de obra, el sindicalismo nacional fascista resuelve el problema siempre presente en las naciones industriales, donde existe verdaderamente el proletariado. La legislación sindical fascista defiende y proteje al obrero contra la injusticia impositiva de los patronos, y a éstos los proteje y defiende también contra las imposiciones, holgazanería y rebeldía de los malos obreros, teniendo en mientes siempre los intereses superiores de la producción, base principal de la que dependen la riqueza y felicidad nacionales.

El Tribunal del Trabajo, confiado a la integridad y prestigio de los Magistrados de la Corte de Apelación, compuesto, además, por técnicos en las materias, resuelve todo conflicto colectivo que pudiera presentarse entre la mano de obra y el capital; destierra, por lo tanto, toda arbitrariedad o influencia política o económica patronal u obrera, y con su intervención jurisdiccional, reemplaza el arbitraje obligatorio, de transacción y compromiso, panacea según otras legislaciones obreras, con el fallo severo e imparcial de jueces competentes que están acostumbrados a fallar y a hacer justicia, sin que se sujeten a ninguna ingerencia extraña.

El Sindicalismo nacional fascista es la más colosal reforma en la legislación de un país, desde el punto de vista jurídico y social. Los resultados podemos admirar en Italia: el obrero ha mejorado moral, espiritual y materialmente; han desaparecido por completo el descontento, las huelgas, los paros, las rebeliones de la mano de obra y las imposiciones y abusos de los patronos, industriales y capitalistas, dando lugar a la más intensa actividad humana, al más febril entusiasmo de trabajo, al más colosal aumento de la producción, dentro de la necesaria convivencia entre patronos y obreros, dentro de la más amplia solidaridad y la más estricta justicia nacionales.

Como está seguro de su obra, el Fascismo habla de la religión de la mayoría italiana, sin subterfugios, ni temores, mas sí con la íntima convicción del que cumple con el deber de gobernar, interpretando fielmente los valores espirituales de la raza. Y así como ensalza el culto católico,—sin opresión alguna a los otros credos religiosos—, porque lo considera como la religión dominante de la Patria y el recuerdo de su glorioso pasado, y ve en él el aliado moral indispensable para la consecución de su obra, así, con ese mismo fervor, el Fascismo fustiga sin piedad ni misericordia a los representantes del culto que abusando de la influencia espiritual de que gozan, se inmiscuyen o tratan de inmiscuirse en la vida política del Estado.

Además, el Fascismo significa también Grupos de Competencia y Milicia Voluntaria, admirables innovaciones de este Partido en la vida política del Estado. Estos Grupos están encargados de estudiar y resolver lenta y seguramente los problemas del Fascismo y de la nación, presentando así un todo armónico de lógica integración de la actividad humana, el que ofrece a Italia los resultados obtenidos por el hombre en las diferentes ramas del saber: Es la aula universitaria con todo su contenido ideológico, artístico, cultural y científico del Fascismo. La Milicia Voluntaria es la fuerza política del Estado fascista. Es el organismo militar que se encarga de la seguridad nacional, conservando el espíritu de disciplina, abnegación, sacrificio y heroísmo que sirvióle para triunfar contra las hordas comunistas. Es escuela de la vida cívica y patriota, que prepara a la juventud en el culto a la Patria, y presta a la nación el contingente de la poderosa realidad de su idealismo. Es el recuerdo constante de la gloriosa epopeya fascista.

En el Fascismo no encontraréis, señores, los programas pomposos de los partidos políticos, trazados con premisas y con-

clusiones contundentes. El Fascismo no tiene programa dogmático, a no ser el de su credo: la grandeza de Italia, el amor a la Patria, el sacrificio por la Patria. Todo cuanto está sujeto al proceso del tiempo, puede cambiar. Por lo tanto, en política, los principios inmutables no existen para el Fascismo. Existen la realidad palpitante, los problemas urgentes que resolver, preñados de más filosofía que el cerebro del filósofo o político que llena páginas en la soledad de su estudio, sin haber tomado contacto con esa realidad, y cree haber encontrado el enigma de la vida o la única razón del progreso de los pueblos.—Precisa que el hombre sienta por sí lo que siente el pueblo, antes de acometer la tarea de interpretar la conciencia de éste, pues de otra manera la obra del estudioso o del político adolece de fondo, esto es, de verdad. Y no hay peor consejera para el estadista que la imaginación. Para el poeta es la musa alada, para el artista y el escritor artista, la multiforme belleza, pero para el gobernante o político, es catástrofe efectiva—. El Fascismo no es, por lo tanto, ni imaginativo ni dogmático, en la forma como interpretan el dogma los Partidos que han encontrado la última palabra en la constante evolución de la humanidad. Como es sincero, no ofrece sino lo que puede cumplir, y cumple todo lo que ofrece, ni más ni menos de lo que ofrece, poniendo en ello el ritmo de su pasión, la característica de su esfuerzo, la finalidad de su pensamiento. Educa tenazmente al pueblo para prepararlo a las luchas de la vida, a las faenas de la política, y para crear en él la conciencia responsable de su valer como colectividad inteligente y moral, y le proporciona trabajo para alejarlo del ocio, de la corrupción y de la miseria, resolviendo así en gran parte el problema de la desocupación.

Siendo un movimiento de juventud, el Fascismo valoriza los factores humanos, colocándolos en su justo medio: desecha lo vetusto en ideas, no en edad, por enmohecido; pulveriza la inmoralidad, desprecia lo vulgar y frívolo, fustiga la estulticia y la insuficiencia presuntuosa, pero dignifica toda grande empresa, toda noble aspiración, y acoge en su seno toda virtud, todo valor personal, todo generoso anhelo, toda exaltación individual que se eleva sobre las miserias y claudicaciones del hombre.

Y el Fascismo será, como dice Gentile: "Una estructura fundamental, un núcleo que es una idea viva, y por lo tanto una dirección del pensamiento, una inspiración y una tendencia, en la que los espíritus se encuentran, se confunden y participan a una misma vida, tanto más vigorosa y potente, cuanto es mayor el número de los que allí concurren; y alrededor de aquel núcleo,

por germinación espontánea de tantas simientes que en la historia vienen de tiempo en tiempo madurando, un florecer variado de reflexiones y sistemas, nuevos órganos donde el organismo central se robustece acogiendo y apropiándose de la atmósfera en la que él vegeta y vive siempre con nueva energía. En aquel núcleo está la unidad y la fé. Allí está lo esencial: las raíces de la vida y de la fuerza".

"Todo por la Patria y para la Patria", es la divisa fascista. En esta concepción real de nación se levanta el Estado moderno italiano, entidad viviente y orgánica, y no grupo accidental de individuos, cuya potencia, desenvolvimiento y progreso, se apoyan en sus propias fuerzas y en el tangible patrimonio físico, moral, espiritual y cultural de ese pueblo, desafiando así a la interrogación del futuro, en la marcha constante de la humanidad.

Y en el vértice más alto del Poder fascista, en la cumbre que comprende la unidad, la fuerza y la vida de este movimiento, se destaca la excelsa figura de un hombre nacido del pueblo: cerebro superior, voluntad indómita, energía inquebrantable, que ilumina con su ejemplo, que robustece con sus obras, y dignifica con su poderoso esfuerzo y su santo patriotismo, la línea, la triunfante trayectoria de esta revolución. Este hombre es: Benito Mussolini: alma y cerebro del Fascismo.

Así me figuro, y así mi espíritu comprende la Revolución Fascista, latina en su origen, en su desarrollo y en su fin. Movimiento esencialmente italiano, pero del cual los pueblos y los gobernantes pueden obtener sabias lecciones de experiencia en este siglo XX, en el que los problemas de una nación superan las previsiones de las doctrinas y métodos considerados hasta hoy como inmutables.

Ya véis, señores, cuán difícil es definir el Fascismo. Mis palabras no alcanzan a explicar lo que él ha significado y significa para Italia. La relación de los hechos servirá para aclarar lo que he tratado de comunicaros: la realidad de las cosas determina la razón de las nuevas doctrinas, y las consecuencias convencen, más que la espiritualidad de las ideas. Entraremos, pues, de lleno en el estudio de la historia del Fascismo, de sus obras y de sus resultados.

Las consecuencias o crisis de la guerra de 1914, afectaron hondamente la estructura política, social y económica, de la nación italiana, la que no escatimó esfuerzo ni sacrificio alguno

en la magna lucha por alcanzar el triunfo de sus armas. La paz, la bienhechora paz, en lugar de reforzar el espíritu italiano en la obra de la consolidación de las desgastadas fuerzas del Estado, a fin de presentar un frente común a los apremiantes problemas de después de la guerra, debilitó la conciencia del pueblo, que, como ya he dicho, desilucionado por los frutos de la victoria, trató de olvidar el desengaño de sus más caras esperanzas e ilusiones, en la negación de la Patria, en la negación de su mismo esfuerzo que lo condujo a la Victoria, en la negación de todo cuanto significa para un pueblo: honor, heroísmo, sacrificio, fé y patriotismo.

Los intereses particulares de los gobernantes que se mantienen en el Poder, debido tan sólo a la ineficacia de sus obras, o a la concupiscencia de los compromisos partidaristas, influyeron poderosamente en el ánimo del pueblo italiano, que de la férrea disciplina de la guerra pasó a la rebelión, sin mediar en ese brusco cambio el halagador consuelo del patriota desengañado, que, no obstante sus sufrimientos, cree y tiene fé en la labor de un Gobierno, que represente única y exclusivamente el interés nacional.

En Italia, la corrupción de las prácticas democráticas, o mejor digamos con sinceridad, la corrupción del régimen parlamentario, utópica encarnación del ideal de la doctrina democrática, fue la causa principal para que la política de los gobernantes de después de la guerra, se encerrara en el círculo vicioso y estrecho de los intereses creados de los partidos o de los intereses particulares de los jefes de esos partidos, quienes se sucedían en el Poder, respaldados por una mayoría que basaba su apoyo en el compromiso de sucesión o de su intervención en el Gobierno, mas nunca en el bienestar nacional. Esta clase de política tenía que caracterizarse, pues, por su ineficacia, incertidumbre, incoherencia, debilidad e inconsecuencia, respecto de todo aquello que por justo, urgente, y necesario que fuese para el interés nacional, significaba para el Gobierno, su segura caída si no estaba de acuerdo con la mayoría, y para el representante su no reelección, o sea su destierro del Congreso, caso de que no votare de conformidad con los postulados de su Partido, o con los deseos de sus electores.

La vida del pueblo italiano, estaba sujeta, por consiguiente, a las intrigas, compromisos y comedias del régimen parlamentario, que, ajeno a los problemas vitales de la nación, se entregaba al espectáculo grotesco y vergonzoso de las luchas de intereses de Partido y de intereses personales.

De ahí que el Gobierno de Nitti, tuviera tan honda repercusión en la conciencia italiana. Nitti apoyado en la mayoría compuesta de socialistas y comunistas, precipitó la catástrofe del bolchevismo. Al dar amnistía a los traidores y desertores considerándolos como si fueran los mártires, los héroes y soldados que ensangrentaron las crestas de los Alpes, las rocas del Carso, las aguas del Piave, y conocieron la intensa amargura en Caporetto y la inmarcesible gloria en Victorio Veneto; al renegar de la victoria, al vilipendiar a todo aquello que recordaba la guerra, como si se quisiera arrancar de la conciencia del individuo, la tangible realidad de los hechos, que forman la historia de los pueblos; el Gobierno de Nitti empujó, encarriló el espíritu público por el sendero del desengaño, de la indignación, de la rebeldía, que para unos debía convertirse más tarde en el renunciamiento de esa santa rebeldía, para dar cabida al feroz anhelo de descomposición y ruina de Italia, alucinados por la política del Gobierno y por la experiencia del Comunismo en Rusia, y para otros en indiferencia calculadora, en cobardía exterminadora de todo generoso y noble impulso de acción y de justicia.

Sólo unos pocos, los escogidos, trataron de arremeter contra la desvalorización de la victoria, contra la negación de la Patria, contra ese espíritu público que, o negaba la sublimidad del mortirio, la heroicidad del sacrificio, la gloria y el honor nacionales, levantando altares al dios Lenin, dios del caos y de las tinieblas, o se entregaba a las caricias deletéreas del olvido y de la inacción, esperando que se definiera de cualquier forma la suerte de Italia. Esos pocos, esos escogidos, fueron un grupo de jóvenes valerosos, que inspirados y guiados por Benito Mussolini, formaron en Milán, en marzo de 1919, el primer "Fascio de Combatientes".

Como en todas las naciones industriales, Italia fue centro de las actividades socialistas. El obrerismo organizado, el sindicalismo obrero representaban la eficaz labor de los "leaders" del Socialismo, entre los que se contaban personas de alta significación moral y espiritual, como el mismo Mussolini, cuyo socialismo era la resultante de la lucha intelectual y audaz contra la indiferencia de los Gobiernos en los problemas obreros, y la indolencia calculadora o imposición de los patronos y capitalistas, Socialismo que no sólo afirmaba los derechos e intereses económicos del proletariado, mas también combatía lo decrepitud moral e intelectual de la burguesía. Socialismo patriótico con la idea real y concreta de Patria, y no Socialismo Internacional en que la Patria no existe, no puede existir para el obrero.

La guerra puso en prueba la cohesión del Partido Socialista en Italia. Los neutralistas y los intervencionistas se dividieron en dos grupos, cuya discrepancia era tan profunda, que jamás podía reconciliarlos, pues no cabe en el Socialismo el concepto de la guerra.

Italia entró en la contienda, inflamada por el espíritu genial de D' Annunzio, y alimentada por el verbo electrizante de Mussolini, desde las columnas del "Popolo d' Italia"; y estos dos grandes hombres, fueron héroes de la guerra, derramaron su sangre en nombre de la Patria, demostrando así lo que significa el patiotismo, cuando es el resultado de las convicciones sinceras del individuo.

Vino la Victoria. Y mientras D' Annunzio, interpretando el espíritu público, decía: "Italia ha creado su guerra. Italia se ha personificado en su guerra. Italia ha pasado por el más cruel calvario de todas las guerras terrenales. Italia ha alcanzado el vértice de su belleza heroica y con aquel vértice ha superado todos los vértices de sus siglos", los pacifistas, los comunistas, los neutralistas, los socialistas, renegaban de la guerra, renegaban de la Victoria, y propagaban, apoyados en la lenidad y hasta complicidad de los Gobiernos, la aversión y el odio por todo cuanto expresare el recuerdo de la guerra, presentando el cuadro de los resultados obtenidos por Italia con su participación: la ruina económica del Estado, la irrealización de su ideal nacional en el Adriático, en el Mediterráneo, en el Oriente, su situación de potencia de segunda orden, etc., que los pintaban con los colores más subidos de la exageración, exasperando así a la masa del pueblo que del combate regresaba a sus hogares, segura de encontrar la recompensa de sus sacrificios.

Los sindicatos obreros, azuzados por el Partido Comunista, entraron en acción. Las huelgas se sucedían unas tras otras. Las industrias no alcanzaban a producir lo necesario para el consumo, mucho menos para la exportación. El papel moneda sin respaldo de ninguna clase, se emitía por millares para cubrir los gastos ingentes del Estado. Las importaciones aumentaban de manera gigantesca. La lira descendía en forma alarmante. La carestía de la vida, fenómeno cuya causa principal reside en la depreciación de la moneda, se acentuaba con caracteres amenazantes. El hambre y la ruina parecían cernirse en el bello cielo de Italia.

Mientras tanto, los Gobiernos buscaban la mayoría en el Parlamento para sostenerse en el Poder; ponían en juego todos los recursos políticos, a fin de conjurar el peligro de sus caídas:

condescendían con los socialistas; favorecían a los comunistas; imploraban protección a los Partidos, a cambio del renunciamiento del bienestar nacional y del principio de autoridad, y entregados a esta baja y espúrea lucha de intereses y de ambiciones, no arbitraban los medios para contener la ruina y la descomposición de Italia.

El resultado de esta abstención de los Gobiernos en los asuntos vitales de ese pueblo, no se dejó esperar. Los obreros sindicalizados paralizaron todo servicio público, toda actividad industrial. Las huelgas se convirtieron en motines escandalosos, en que la hidrofobia de la plebe, las banderas rojas y los cantos de rebelión, demostraban que el comunismo se había trasplantado al corazón de la Italia y que los azuzadores bolchevistas. sabían aprovechar de las ocasiones favorables, para desencadenar los horrores de la tormenta maximalista, hasta en pueblos que, como el italiano, son étnicamente antagónicos a la revolución proletariada, debido a su individualismo, a su cultura, a su refinamiento, a su gusto profundamente artístico, a su fondo esencialmente latino. Pueblo de "elite" que venera la jerarquía porque la comprende, ensalza el ideal porque lo siente, sigue al "condottiere" porque admira y respeta la superioridad individual, y se sacrifica por la Patria sin un sollozo, con la pasión y el fervoroso amor de su acendrado nacionalismo.

Vejado el representante de la autoridad. Ultrajado el héroe, el soldado. Pisoteada la bandera nacional. Vilipendiado el pacífico ciudadano. Prostituída toda noción de honor, de orden y de justicia, todo concepto moral de Patria y de Estado. ¿De qué garantías podían gozar los ciudadanos que no se adherían a la causa de la turba soliviantada? ¿Cuáles debían ser los derechos del individuo, privado de la protección del Estado, ante los atropellos de la plebe constituída en poder soberano?

"El fin de la obediencia es la protección. Si falta la protección viene a faltar el Poder. En estos casos,—dice Hobbes—, el individuo recupera el dominio de sí mismo y busca nuevas seguridades en la vida individual o colectiva, porque el derecho que por naturaleza tiene el hombre para protegerse por sí mismo, cuando no hay quien lo proteja, no puede ser eliminado por ningún pacto".

Ahí tenéis la esencia substancial del fascismo en las primeras horas de su fundación: Un grupo de valerosos jóvenes, con voluntades aceradas por el patriotismo y los combates, salió al frente del monstruo bolchevista a desafiar su gigantesca fuerza, su insolencia, su atrevimiento, su osadía, su infamia, su crimina-

lidad, su locura. Sabían de antemano que muchos de ellos iban a morir, la lucha era desigual, la desproporción era inmensa. ¿Pero qué importa la muerte cuando se defiende el honor no sólo personal sino también el de la Patria, razón de la vida del individuo y de los pueblos? Más vale morir, señores, que vivir sumido en el oprobio y en la vergüenza. Y un pueblo que no sabe lo que es el honor, preferible es que desaparezca. La muerte es el inexorable destino del hombre. Temerla es no comprenderla. Sólo los cobardes, viles y bellacos, prefieren la deshonra a lo que es el sino de la vida. Y esta clase de gente, jamás ha escrito bellas páginas en la historia humana.

El "Fascio de Combatientes" empezó su obra, titánica empresa que pasará a la leyenda. Uno contra diez mil, esa era la proporción que mediaba entre las primeras diminutas fuerzas fascistas y las poderosas hordas bolchevistas. Pero el valor temerario cuando defiende una justa y santa causa, centuplica los esfuerzos, es rayo fulminante que siembra el terror en las filas enemigas.

La formación de este "Fascio" pasó, al principio, desapercibida. Su limitada órbita de acción carecía del valor colectivo y numérico, que influencia e impresiona eficazmente en el espíritu público. Pero los actos audaces y temerarios de estos fascistas de la primera hora, obligaron la admiración y la adhesión de todos los que no habían vendido su alma al dios bolchevista. El valor indómito y patriótico de esos pocos jóvenes, guiados por Mussolini, encendió la chispa de reivindicación de todo cuanto el comunismo trataba de destruir. Los Fascios, se fundaron en casi todas las ciudades de Italia, y el Fascismo, en 1920, entró a formar parte en la vida política de esa nación.

"La Victoria no se ha perdido todavía: está depositada en las manos de un puñado de fuertes, los que no la dejarán huír. La Patria no está perdida todavía, ni el abismo, ni la ruina, la esperan de muy cerca. Una barrera de pocos, pero sólidos pechos, se ha formado dentro de sus límites: de pies firmes esperan los fascistas. Italia está simplemente enferma. Se trata sólo de curarla hasta en sus artes y sentidos más íntimos: Un buen médico, pocas palabras y una buena operación quirúrgica. Ahora bien, el médico que cura no toma en cuenta alguna las disposiciones o las temerosas aprensiones del enfermo. Para el bien de éste, sigue el método que ha escogido como el mejor, sirviéndose de cualquier medio, usando armas de punta o de corte. Las discusiones, las críticas, después, cuando se ha conjurado el peligro, cuando se ha efectuado la operación, cuando el enfermo se encuentra convaleciente. Hasta ese momento, nada".

Esto proclamó Mussolini, y los Fascios se pusieron a la obra.

Santa y bendita violencia! Qué papel tan excelso desempeñáis cuando estáis a la merced del Orden, de la Libertad, de la Justicia, del Derecho y del Honor, y defendéis la vida de la Patria!

¿Véis las turbas enfurecidas como asesinan cobardemente a aquel que no quiere gritar "muera Italia" y "viva Lenin", o saludar la bandera roja de la rebelión? Véis con qué ensañamiento, la plebe pisotea al héroe de la guerra que vertió su sangre por la Patria, sólo porque lleva en su pecho la insignia de su sacrificio? Véis cómo la canalla insulta, abofetea, maltrata, al mutilado de guerra y a las mujeres y niños de los ex-soldados y de los representantes de la autoridad? Véis esos cadáveres tirados allí en la calle pública? Son los de los buenos obreros que no siguen a la avalancha bolchevista y han intentado trabajar para vivir con honra, y no con el producto del saqueo y del pillaje. Véis como las turbas se apoderan de las fábricas y de las industrias, cuyos dueños las entregan sin resistencia alguna? Véis el pillaje que esas turbas hacen de esos recintos del trabajo, que en sus manos se convierten en inútiles instrumentos de producción, pero sí de robo, demostrando así el fracaso más completo de la dirección obrera en las industrias? Oís esos gritos desgarrantes? Provienen del doloroso suplicio a que someten los comunistas a quienes no comulgan con sus ideas y les perdonan la vida. Oís ese aquelarre endemoniado? Son los comunistas que a traición asesinan a sus fuertes adversarios o supuestos enemigos. Ciento contra dos! Ved como han quedado esos restos humanos: podéis contar cien puñaladas en cada cuerpo ensangrentado! Mirad ese almacén, abierto por casualidad. Mirad cómo veinte desarrapados, andrajosos y mugrientos entran en él. Vedlos ahora salir: Las mujeres con los mejores atavíos, los hombres vestidos de gala. Mirad ahora dentro del almacén: dos cuerpos infantiles, tendidos en el suelo, cosidos a puñaladas, cubiertos de sangre y de lodo! Dos víctimas inocentes que claman venganza.

Y los servicios públicos? No os arriesguéis a tomar un tren, un tranvía, un automóvil o un coche, puede ser que no lleguéis a vuestros destinos, si sois persona decente, autoridad, militar u obrero honrado. Que es urgente necesidad para vosotros telefonear o telegrafiar? No intentéis hacerlo: los huelguistas impiden esos servicios. Que deseáis recibir noticias de vuestras familias, de vuestros amigos ausentes? No os asombréis que no os llegue correspondencia ni tratéis de escribir: los huelguistas

han paralizado el servicio de correos. Que vuestra casa está oscura y el baño y la cocina no funcionan por falta de gas? Contentáos con vuestra suerte, los huelguistas han boycoteado esos servicios. Deseáis salir a la calle, al café o restorante? Tened cuidado de vuestras palabras y de vuestros actos, y resolveos a sufrir cualquier humillación, cualquier infamia, y a recibir cualquier inmundo salibazo que se os lance a vuestra cara. Vuestros sirvientes os roban, son insolentes y no cumplen con sus deberes? Guardaos de ejercitar vuestra autoridad sobre éllos. Dejadles que os roben, os insulten y os priven del alimento. Aumentadles sus salarios y hasta socorredles con dinero, sino puede ser que os inscriban en la lista negra comunista y sean vuestras cabezas y vuestros bienes los que paguen por la justicia que asiste a vuestros derechos. Sois capitalistas, sois terratenientes? Apresuráos a liquidar vuestros capitales, o vuestros bienes. No véis la tormenta que se avecina? Y si queréis conservar lo que tenéis en esta hermosa tierra de Italia, protejed a las juntas de obreros y a la canalla enfurecida, que pronto serán los árbitros de los destinos de la nación.

Este era, señores, a grandes rasgos, el cuadro desolador de Italia, cuando entró en acción el Fascismo. La descomposición y la ruina empujaban a ese pueblo hacia el abismo. La cobardía y complicidad de unos, sobre todo la de los "tiburones", o sea los que habían amasado riquezas explotando la sangre del pueblo derramada en la guerra, mediante inmundos negociados internacionales, gente sin Dios, sin conciencia, sin ley, sin Patria; el temor o la falta de autoridad de otros, y sobre todo la ausencia de un jefe que uniera por algo más poderoso que el lazo de la política partidarista, la desunión de la mayoría del pueblo italiano, fueron causas que aceleraron la rebelión de la plebe. Un hombre enérgico, patriota, sin ningún interés personal, al frente del Gobierno, hubiera, desde el principio, cortado de raíz la cabeza de la hiena bolchevista. Pero en los destinos de los pueblos están escritos la fatalidad y el provecho de las sacudidas y convulsiones sociales, de donde nacen enseñanzas saludables para las naciones y jefes prestigiosos que las encaminan por el sendero del bienestar, del progreso y de la grandeza. Italia encontró su jefe, en un hombre superior como Mussolini.

Y la autoridad, me diréis. Qué hacía la autoridad en esta orgía de sangre, en este torbellino de los más bajos y desenfrenados instintos humanos? La autoridad, no intervenía de ma-

nera alguna: El Gobierno, apoyado en la mayoría socialista y comunista del Parlamento, parecía preparar el terreno para el experimento bolchevista. El Poder moderador del Rey no podía conjurar el peligro, sino de acuerdo con el Gobierno. La augusta persona del Rey de Italia, modelo de soberanos, Rey Soldado, fiel observador de los preceptos constitucionales y, por lo tanto, de las prácticas democráticas del Régimen Parlamentario, carecía, pues, de los medios suficientes para contener los desórdenes y los atropellos comunistas. Al Gobierno le incumbía proteger el orden público. Y,, como dejo dicho, el Gobierno parecía condescender con la rebelión de las turbas, porque no arbitraba los medios necesarios para reprimir los escandalosos crímenes de las hordas bolchevistas.

Ved ahora, señores, cómo el cielo de Italia cambia de color: de rojo de sangre se ha convertido en azul purísimo, en el bello "azurro" de los cantos de Virgilio:

Allí vienen los fascistas, las camisas negras que han escrito una de las páginas más heroicas en la gloriosa historia de Italia. Admirad la gallardía y valor de esos jóvenes que poseídos de santa venganza se defienden y acometen en generosa lid a las turbas de foragidos. Vedlos entrar en el combate: qué serenidad en el peligro; qué fortaleza en la lucha! Parecen titanes, parecen gigantes desmesurados: Tal es su bravura, tal es el empuje de sus brazos, tal es el gesto de sus labios. Vedlos caer en la tierra de siglos acribillados a balazos: son efebos que sonríen con el rictus de la muerte, pronunciando el nombre de la Patria. Adelante, dice el jefe: Es más poderoso el impulso, hay más fogosidad en el combate, hay más pasión en la venganza, hay más seguridad en el triunfo. Diente por diente, ojo por ojo, siempre adelante: así luchan los fascistas, y la victoria es de ellos. Ved como la turba aterrorizada por el heroísmo se precipita en vergonzosa fuga. Vedla como huye sobrecogida de pánico. Ved la calle como se despeja y el orden garantiza la vida del ciudadano. Oid los cantos de gratitud que se elevan de todos los pechos. Presenciad el abrazo fraternal con que se unen todos los corazones patriotas: Son los fascistas, son las camisas negras, los que traen la paz y la tranquilidad a las ciudades y pueblos infestados por las hordas bolchevistas.

A mi marido lo han muerto, dice la mujer del obrero. Allí van los fascistas, con riesgo de sus vidas, a hacer justicia, a castigar a los asesinos. Nos han abofeteado, nos han escupido, nos

han herido, se quejan el héroe de la guerra, el representante de la autoridad o el buen obrero. Allí van los fascistas a devengar los agravios. En estas ocasiones, el garrote y el aceite de castor juegan papel importante, el revólver sólo en último caso. La bandera roja flamea en edificios públicos? Ved a los fascistas como toman el edificio al asalto! Ved ahora como se iza a tope el tricolor italiano. Han masacrado tres de nuestros compañeros, comunica un camisa negra. Allí van los fascistas veloces como el viento: Es la represalia, la sangrienta represalia, el combate, la lucha con el cobarde enemigo emboscado, que asesina a traición. Cuántos hemos quedado? Pregunta el jefe. De veinte, diez, contestan. Cuántos comunistas han muerto? Vuelve a preguntar el jefe, Setenta, contestan. Firmes. Sobrecojeos, arrodillaos. Invocad en vuestro doloroso silencio a los mártires del fascismo, gloriosamente muertos por la Patria, responde el jefe. Ahora, seguid en vuestra obra. Añade.

Y así de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, las legiones fascistas se encargaban de proteger la vida del individuo, la propiedad privada, el orden y los servicios públicos, y de atajar con mano férrea, la barbarie importada de Rusia, que olía a podredumbre. Así el Fascismo aplastó al Comunismo en Italia.

Ahora, ved desfilar los batallones fascistas: La mayor parte, son jóvenes, sin recursos y pocas armas, que pertenecen a todas las clases sociales: ex-combatientes, ex-soldados, obreros, proletariados, aristócratas, literatos, artistas, poetas, pintores, filósofos, socialistas intervencionistas, liberales, monárquicos, sindicalistas, nacionalistas, agricultores, etc., en fin, todos aquellos que no obstante sus características particulares que los diferenciaban, ya sea por sus ideas, cuanto por sus costumbres o hábitos de vida, estaban unidos por el amor a la Patria, por ese amor puro que significa desinterés y sacrificio, y por la adhesión incondicional al Jefe, Benito Mussolini, que representaba el corazón, el cerebro y el alma de la nueva Italia.

De ahí que las diminutas fuerzas fascistas de la primera hora se hubieren engrosado de manera tan sorprendente: de un puñado de ciento cuarenta y cinco, se convirtieron en un ejército de trescientas mil camisas negras: maravillosa transformación que explica, sin dejar duda alguna, la atracción espiritual y moral de Mussolini, el poder del patriotismo del pueblo italiano, y la ridícula y criminal pretensión de la pequeña minoría de azuzadores socialistas y comunistas, que explotó la ignorancia y

los bajos instintos de parte de la plebe, lanzándola en el torbellino de la rebelión, apoyada, naturalmente, en la lenidad e indiferencia de unos Gobiernos, y en la complicidad de otros.

Este fue el tiempo heroico del Fascismo, el de la titánica lucha que coronó con la victoriosa marcha sobre Roma, efectuada el 30 de octubre de 1922. La santa violencia, acompañada del garrote, del aceite de castor y del revólver, sirvió para amordazar la fiera bolchevista, obligándola al silencio y a la inacción. Y vosotros estaréis conmigo al ensalzar esta violencia, puesta al servicio de la más justa de las causas: el bien de la Patria.

"Con la violencia guerrera, dice Mussolini, hemos obtenido aquello que no habríamos conseguido en cuarenta años de discursos y propaganda. La violencia de diez contra uno, merece repudiarla y condenarla. La violencia que no se explica, debe ser repudiada. Hay una violencia que libera y otra que encadena. Hay una violencia que es moral y otra que es estúpida e inmoral. Necesario es, por lo tanto, adecuar la violencia a la necesidad del momento, no convertirla en una escuela, en una doctrina, en un deporte".

Pero esto no quiere decir que el Fascismo fue tan sólo el resultado del comunismo en Italia. No, señores. El comunismo fue factor principalísimo para la fundación de ese Partido, pero, en el fondo de este movimiento, hubo algo más que la lucha contra el desorden, hubo algo más intrínseco y primordial que la defensa de la propiedad y la vida ciudadana: la interpretación de una corriente de pensamiento, la concepción de una nueva forma de vida para el Estado y la nación italianas, que respondiera no sólo a la oculta aspiración interior de la mayoría, sino fuera también la clave de los problemas políticos y sociales de este siglo XX.

Bueno será que antes de llegar a la conquista del Poder por el Fascismo, hagamos una brevísima reseña del desarrollo de su política.

Alrededor de las ideas reales y concretas de la valorización de la Victoria, de la lucha al Bolchevismo, y de la reconstrucción política y económica de Italia, se habían agrupado individuos que representaban una fuerza moral colectiva, núcleo poderoso de acción y pensamiento: nueva potencia nacional que influenciaba desde los Alpes hasta la Sicilia y perseguía el fin de la reforma del Estado, ya que la lucha contra el comunismo sólo era un incidente, un episodio necesario e inevitable de colorido negativo, pero jamás la meta del Fascismo.

En 1920, cuando la ruina y descomposición de Italia parecían inminentes, y el Fascismo combatía resueltamente a los insurrectos, Mussolini, en Milán, declaraba:

"Los Fascios de Combatientes no quieren en el actual período histórico ser un nuevo Partido, porque no se sienten ligados a ninguna fórmula específica doctrinaria y a ningún dogma (con excepción de los dogmas de la fé, de la disciplina y de la religiosidad fascistas), por lo tanto, rehusan esquematizar y reducir en los límites estrechos y artificiosos de un programa intangible, todas las mudables y multiformes corrientes del pensamiento y las indicaciones y la experiencia que la obra del tiempo y la realidad de las cosas sugieren e imponen".

¿No encontráis en estas frases llenas de sinceridad y franqueza, la visión de nuevos principios de una nueva fórmula política que interpretara el laberinto de la conciencia del pueblo? Bien podían Mussolini y sus Fascios, adherirse a cualquiera de los grandes partidos que gobernaban la nación italiana o proclamar alambicados principios políticos que repitieran en una u otra forma lo que el pueblo estaba acostumbrado a oír y a creer. Siendo el Fascismo, en ese tiempo, una minoría, cualquier apoyo político hubiera dado más valor colectivo a su obra, y, por consiguiente, más seguridades a su triunfo. Pero el Fascismo cumplía con los deberes de la angustiosa hora por la que atravezaba Italia, y, guiado por su ideal de Patria, no ambicionaba la popularidad, ni encubría sus actos, ni imponía cadenas a su hálito de renovación. Sin prejuicios, auscultaba la conciencia nacional y esperaba tranquilo el veredicto público y la sucesión de los hechos.

"Hoy en la obra apenas iniciada, parangonad la nueva Italia con aquella de hace treinta años, cuando el hábito del servilismo y de la cobardía se había convertido para los hombres de Gobierno en segunda piel, y conoceréis el milagro de nuestro tiempo".

Decía D'Annunzio, maravillado por el espíritu fascista.

Las elecciones para el Parlamento a fines de 1919, dieron una mayoría a los socialistas y populistas, partidos que, no obstante su antagonismo, se comprendían en el vergonzoso negociado de la intervención en el Poder, haciendo abstracción de los intereses nacionales. Precisa tener presente que el Partido Populista estaba integrado por católicos y dirigido por un sacerdote.

De esta derrota el Fascismo, que apenas contaba seis meses de vida, salió purificado de todo elemento extraño a su ideologia, afirmó su poder en sí mismo, reconcentrando su pensamiento y su acción en los fieles que seguían la línea fascista.

Las huelgas que paralizaron los servicios públicos; la heroica aventura de D'Annunzio a Fiume; la caída del Gobierno de Nitti; la amenaza constante comunista y socialista; la ocupación de las fábricas durante el Gobierno de Giolliti; las temerarias represalias fascistas, impresionaban hondamente la opinión pública, que no acertaba a comprender lo que sucedía en Italia, pero sí se daba cuenta de que algo nuevo había aparecido en el horizonte de ese pueblo, que defendía todo cuanto significaba Patria, Honor, Derecho, Libertad, Justicia, sin la vocinglería atronadora de la propaganda arribista, mas sí con la silenciosa austeridad del esfuerzo, del sacrificio y del martirio, y con la poderosa espiritualidad del pensamiento.

Y nuevas legiones engrosaron las filas fascistas, congregadas alrededor de su Jefe. Se crearon nuevos cantos, nuevas poesías, nuevos ideales, como si un nuevo sentimiento patriótico animara al pueblo italiano, al que Mussolini decía:

"En todo aquello que pueda engrandeceros, me encontraréis de vuestra parte, y, viceversa, en todo aquello que tienda a envileceros, a embruteceros, a empequeñeceros, me encontraréis en las filas contrarias".

Y el Fascismo seguía su marcha acelerada, combatiendo a los rebeldes, empeñando luchas sangrientas hasta con las fuerzas del Gobierno que trataban de contener su inexorable desenvolvimiento.

En las elecciones de 1921, 34 fascistas fueron elegidos para el Parlamento, entre éllos Mussolini. Esta aunque no fue victoria completa, significaba un avance decisivo en el campo político, ya que el Fascismo podía intervenir en los debates parlamentarios y exponer su doctrina desde el recinto del Congreso. El primer discurso de Mussolini causó honda impresión en toda Italia. Su verbo vigoroso e implacable contra las bajezas, cinismo y corrupción de los politiqueros de oficio; sus altos conceptos del Estado, de la vida y del honor nacionales; su franqueza y sinceridad, su altiva independencia, su fervorosa pasión patriótica, indicaban que no sólo el Fascismo contaba con un Jefe prestigioso de revelantes e indiscutibles cualidades, sino que Italia había encontrado al hombre nuevo que podía encaminarla por el sendero de la grandeza y del progreso.

A fines de 1921, se reunió el Congreso Nacional de los Fascios, con el objeto de transformar a estos Fascios en Partido político. En las resoluciones adoptadas, ya podemos admirar la

poderosa contextura de las concepciones reales y vivas de Nación y Estado, y de los principios políticos que aplicaría más tarde el Gobierno de Mussolini en la vida interior y exterior de Italia. Sería para llenar muchas páginas los comentarios de esas resoluciones, y me limitaré tan sólo a explicaros la parte principal referente a la reforma del Estado.

Toda revolución política debe tender hacia el fin inmediato del Estado, con el objeto de justificar la causa o motivos que han obligado a quebrantar el orden social establecido en una nación, de otra manera esas revoluciones degeneran en escandalosos motines impotentes e infructuosos, semilleros de discordias y ambiciones que desprestigian la dignidad y el honor del Estado. Precisa, pues, que esa clase de movimientos políticos no se base sólo en la fuerza, que en todo caso es de carácter negativo, sino también en la opinión pública; por lo tanto que los acompañe una ideología, la cual debe cristalizarse en hechos que redunden en bien del Estado y de la nación, para no dudar de la justicia que asiste a esas transformaciones sociales.

En política, las doctrinas son fórmulas diversas que resumen las concepciones del Estado, el cual abarca el sinnúmero de factores que forman la estructura nacional. Y si las revoluciones acometen contra esta estructura, interpretando sus valores con nuevos valores que respondan a los altos destinos del Estado, entonces sí podremos calificarlas de innovadoras, de reformadoras.

En Italia, como en la mayoría de las naciones, los conceptos abstractos de pueblo y soberanía popular, fueron la clave política de casi todos los Partidos, el maravilloso amuleto invulnerable de todo desprestigio. No cabía, pues, el concepto de Estado, sin el obligado recurso de la soberanía popular, ni el de nación, sin el de pueblo. De ahí que el Régimen Parlamentario tuviera tanto apogeo y se personificaran en él las concepciones democráticas de los Partidos más pudientes de Italia. ¿Cuáles fueron los resultados? Que el pueblo, a quien se le hacía pasar por Soberano, ni era Soberano, ni siquiera partícipe de la soberanía legislativa. Sujeto a su propia suerte de masa, de conglomerado inconsciente e irresponsable, sufría tan sólo los resultados de las luchas interesadas de quienes le representaban en el Parlamento, sin la halagadora esperanza de participar en la vida activa de la política de la nación, ni con la perspectiva de mejorar de suerte: Todas sus posibilidades las frustraban sus mismos representantes.

Para el Estado el mal se reducía a su irresponsabilidad, a su impotencia, a su debilidad, a la incoherencia en su política, a su absoluta incapacidad de acción y de pensamiento. Atado de manos y de pies, era víctima de las combinaciones interesadas, de los cálculos parlamentarios y de las intrigas y comedias políticas. La nación cosechaba los frutos, en tal forma que parecía adolecer de anemia y de parálisis incurables.

Surgió el Fascismo. Antes de concluir la heroica lucha, se entregó a concentrar en ideas el ímpetu de su acción y su pensamiento. Al concepto de "Pueblo", simple suma de individuos vivientes, lo transformó en el concreto de "Sociedad"; al de "Soberanía Popular", en el real y efectivo de "Soberanía Nacional", esto es: Sindicalismo y Poder: dos factores que se integran y conviven dentro del núcleo nacional: "síntesis suprema de los valores materiales e inmateriales de la estirpe".

Sindicalismo: agrupaciones o colectividades libres, homogéneas, solidarias en sus intereses, organismos vivientes y poderosos en que se dividen las actividades de la Sociedad. Poder: Potencia nacional: el Estado Soberano: "encarnación jurídica de la Nación", que representa y comprende todas las actividades nacionales, y está por encima de los Sindicatos, de los Partidos y de los individuos; y el Régimen, Institución política, eficaz porque en él "encuentran su expresión y su tutela los valores nacionales". Todo para el Estado, nada contra, ni fuera del Estado: el Estado fascista. Estado esencialmente unitario, en cuya grandeza, prosperidad y defensa, participan todos los ciudadanos sin distinción de clases, ni actividades, ni credos políticos, en la más intensa y amplia cooperación y colaboración, unidos por el poderoso e inextinguible vínculo de la realidad de la Patria; organizados con un fin común, protegidos por una autoridad consciente de su poder, responsable ante la Nación, ante el Estado. "Democracia concentrada, organizada y autoritaria", que tiende hacia la unidad, dentro de la variedad, en donde el pueblo no tiene un valor ficticio e impalpable, sino que constituye la esencia misma de esa democracia, que al seleccioar, estimula, al organizar, simplifica, al imponer, disciplina, y no se apoya en la irresponsabie suma numérica de individuos, sino en la fidedigna de coeficientes reales y efectivos que representan a esos mismos individuos.

En esta comprensión concreta de "Sociedad" y "Soberanía Nacional", se basa el admirable edificio del Estado moderno italiano.

¿Y me diréis vosotros: Y la Monarquía? Se podía transformar el régimen político de Italia, sin atentar contra la Monarquía? Permitidme responder a la pregunta que estoy seguro os hacéis a vosotros mismos.

Olvidaos un momento de lo que significa para nosotros, republicanos, la persona de un Rey, y pensad en la monárquica y tradicional Inglaterra. Suponéis que por un momento se piense en este grande imperio en cambiar el Rey y Emperador por un Presidente de República? Ahora, volved vuestros ojos a la gran nación hermana de los Estados Unidos de América. Os figuráis que en los sesos del más infeliz estadunidense pueda caber la idea de convertir a ese Estado en Monarquía? Mientras tanto, creo que vosotros estaréis conmigo al ambicionar con lo más íntimo de nuestros espíritus, la grandeza, la prosperidad, el progreso y la influencia de Inglaterra para la tierruca nuestra, para esta nuestra Patria que adolece desde su nacimiento de la perversa y maligna enfermedad de la política; y doy por sobrentendido, que ni el más tonto e ignorante ecuatoriano, como ninguno de los ciudadanos que componen la gran familia hispano-americana, querrán cambiar el más malo de los Presidentes, con el más bueno y sabio de los Monarcas, esto es, jamás nosotros podremos concebir Monarquías para nuestras naciones. Quiere decir esto progreso, civilización, cultura?

Eistein ha comprobado con números la relatividad de todas las cosas. En el campo metafísico todo se explica y comprende, o por lo menos los filósofos dicen que comprenden y explican.... Para mí, señores, os manifestaré con toda franqueza, detesto todo cuanto significa trabajo perdido.... Será esta una deficiencia mía o provendrá de la forma de mi cerebro, pero, en todo caso, más provecho espiritual obtengo de las verdades reales y palpables con las que nos topamos a cada instante en la vida, que de los requiebros metafísicos, conducentes siempre al mismo fin: el misterio, el infinito, la oscuridad que nos rodea, la limitación de nuestra inteligencia, los fenómenos cuyas causas no podemos explicar, por más Kant, Spencer, Hégel, etc., que tengamos en las cabezas.

Volveré al asunto. Decía: Significa civilización, progreso, cultura, en un pueblo, cuando éste ha aceptado el Régimen Republicano? Alguien ha escrito: "Las instituciones políticas son perfectas, sólo en los libros de los filósofos". Y esta es una ver-

dad, pues, por más que queramos, los pueblos se diferencian tanto entre éllos, como entre los colores el blanco del negro. Las fórmulas políticas no se han hecho para hundir a la inteligencia en la abstracción del espíritu. No. Las instituciones políticas se crearon para aplicarlas a los individuos, a los pueblos, a las naciones, de acuerdo con la mentalidad y la idiosincracia de éstos. Y mientras existan diversidad de razas, diversidad de sentimientos, diversidad de concepciones de la vida, tendrá que existir diversidad de instituciones políticas, por esto es utópica la doctrina internacional de Humanidad.

El Japón no es lo mismo que los Estados Unidos. En el uno existe la Monarquía absoluta y en el otro la verdadera democracia republicana. No obstante esta fundamental diferencia, ambos países marchan a la cabeza de la civilización. Inglaterra, Italia, monarquías, Francia, Estados Unidos, repúblicas, se pondrá en duda que estas naciones son exponentes del progreso y la civilización humanas? Las instituciones políticas si encarnan la conciencia del pueblo, si expresan el pensamiento de la mayoría, necesariamente se arraigarán a la estructura de una nación, elevándola hacia sus más altos destinos y encauzándola por el sendero de la felicidad y el progreso. Que la República es un ideal para los pueblos? Esto es ya otra cosa: así lo pensamos nosotros republicanos y sinceramente estamos convencidos de ello. Pero no piensan lo mismo los monárquicos, y al ensalzar a la Monarquía están convencidos de la bondad de esta fórmula política. En esta sucesión de afirmaciones para unos y negaciones para otros, se desarrollan los ideales humanos en el proceso de los siglos. Todo lo demás es bello, muy bello en teoría:—Platón escribió hace siglos su admirable doctrina—pero la realidad y la historia, piedras de toque de la política, nos demuestran que son los pueblos o las minorías clarividentes que interpretan la conciencia popular, los que deciden de la suerte de las naciones. Las instituciones políticas vienen a ser, pues, el resultado directo de la comprensión de los valores nacionales, y no la imposición metódica y sistemática de los productos de la razón pura. Recread vuestra memoria en las fuentes de la civilización e historia humanas, y veréis que no os digo un despropósito.

Obvio me parece manifestaros que las reformas fascistas no atentaron contra la Monarquía, por el contrario la robustecieron, colocándola en el más alto vértice de la vida política de Italia, pues la gloriosa Casa Savoya representaba la "continuidad histórica de la nación" y encarnaba el concepto de Patria, de

la Patria unificada, y el de su existecnia como gran Estado. La virtualidad esencial del pensamiento fascista tenía que encontrar satisfacción en la Monarquía, pues ésta expresaba la unidad moral y política de la nación, adonde convergía el pensamiento fascista.

El 24 de octubre de 1922, aniversario de la batalla de Victorio Veneto, Mussolini ordenó, desde Milán, la movilización de las legiones fascistas, con el objeto de avanzar sobre Roma y conquistar el Poder, por la razón o la fuerza. Cincuenta mil camisas negras entraron en Nápoles y fueron recibidos en esta ciudad con el mayor entusiasmo patriótico. El resto del ejército de trescientos mil, tomó diferentes direcciones con la consigna de llegar a todo trance a Roma.

El Fascismo debido no sólo a la fuerza de sus batallones, sino, especialmente, al consentimiento del pueblo italiano, se había convertido desde mediados de 1922 en el verdadero Gobierno de Italia, pues el constitucional que funcionaba en Roma, carecía de la autoridad y prestigio necesarios para hacer efectivo el Poder de que disponía. Sin embargo, el Ejército regular estaba a ódenes del Rey y de la Constitución nacional. Fiel cumplidor de su deber, el Ejército no podía inmiscuirse en las luchas políticas; guardián de la Constitución del Estado, su obligación se reducía a defender y hacer respetar esa Constitución y las órdenes del Rey, aunque con ello comprometiera su decidida adhesión a los ideales fascistas.

Las legiones de Mussolini se acercaban a Roma, aclamadas y festejadas en los lugares de tránsito. Italia y el mundo esperaban ansiosos el resultado de la ofensiva fascista. En Roma la inquietud era inmensa: el Gobierno de Facta había decidido declarar el estado de sitio: el Ejército cumpliría, entonces, con su doloroso deber. Los intrépidos fascistas, aunque amargados por la perspectiva de la lucha contra sus propios hermanos en sentimientos e ideales, aceleraban la marcha: la Patria estaba de por medio, y así lo ordenaba Mussolini. Todo se había previsto, en caso de victoria o de derrota. Triunfaremos? Preguntaba un legionario fascista. Sí, contesta el Jefe, triunfaremos porque representamos la nueva Italia llena de juventud, de nuevos impulsos y de vida. Triunfaremos, repiten todos los camisas negras. No importa la muerte, adelante: Estamos ya cerca de Roma, dice el Jefe. Adelante. Viva la Patria, repite el eco que en pos de las ondas etéreas, se difunde por toda la nación, conmoviendo hasta los cimientos de esa tierra milenaria.

La Aurea Roma, la Roma Eterna, abre sus puertas históricas a los legionarios fascistas. Por la Puerta Pía entra el primer batallón de camisas negras. Los carabineros del Rey presentan sus armas, el pueblo los acoje con los transportes más apasionados de su patriotismo. Esta legión se dirige directamente a depositar una gran corona, traída desde Milán, en la tumba del héroe ignoto, "que no es un soldado, ni es un ciudadano: es el Príncipe de la sangre derramada, el Señor de la aventura, el Embajador de la muerte". Por diferentes lugares entra a Roma, el Ejército de trescientas mil camisas negras, sin encontrar ningún obstáculo, ninguna resistencia.

¿Qué había sucedido? El Rey, iluminado por su amor al pueblo italiano, por su clarividencia, por su desinterés, y su profundo y abnegado patriotismo, se negó a ordenar el estado de sitio de Roma, y pidió la dimisión del Gobierno de Facta; sin consultar al Parlamento, llamó a Mussolini para que se hiciera cargo del Poder, disponiendo que el Ejército no opusiera resistencia alguna a las legiones de la revolución fascista.

De esta manera, señores, el Fascismo ocupó Roma. Durante cinco horas desfilaron ante el Rey y ante la población los batallones fascistas, e inmediatamente después del desfile, los camisas negras regresaron a sus hogares, en el más completo orden, demostrando así un alto espíritu de organización y de disciplina. Muchos entre los legionarios veían por primera vez la incomparable Roma, pero tuvieron que partir el mismo día de su llegada, así lo ordenaba y quería Mussolini. Algunos oficiales de la guarnición estacionada en Roma, trataron de manifestar su simpatía al Fascismo y a Mussolini, Jefe ya del Gobierno Italiano. Mussolini impidió toda manifestación en este sentido, expresando que el Ejército pertenece a la Nación, al Rey, y no a un Partido, y por lo tanto debe ser neutral en las luchas políticas.

En esta forma, señores, se llevó a cabo la revolución fascista. La Roma de la República y del Imperio; la Roma del Renacimiento; la Italia del Resurgimiento, recibió en su seno a la nueva Italia, de las trincheras, de la guerra, de Victorio Veneto, representada por el Fascismo y por su Jefe, Benito Mussolini, y coronó de laureles las sienes de los vencedores.

Triunfante la revolución fascista, conquistado el Poder, Mussolini se entregó por completo a la obra portentosa de la reconstrucción política y económica del Estado, en la que, al igual de la lucha heroica que coronó con la victoria, puso todo su im-

pulso de acción y de pensamiento. Y entusiasma, sorprende y maravilla, cómo ese hombre genial logró resolver, ya en dos años, los problemas más vitales de la nación, superando, con ventaja, las más optimistas predicciones humanas.

La anárquica Italia de 1920, semillero de discordias, de rebeliones, de crímenes. La desfalleciente Italia, amenazada por la bancarrota del Estado. La paupérrima Italia sumida en la más triste miseria. La desprestigiada Italia, víctima de la corrupción política y de los intereses creados. La débil y tímida Italia, hermana pobre de las otras naciones. La Italia de después de la guerra, convirtióse, en corto tiempo, por obra del Fascismo y de su Jefe Mussolini, en la nueva Italia. En la nación del orden, de la tranquilidad, de la disciplina, de la prosperidad, de la riqueza, de la Justicia, del Derecho, de la Fuerza. En la nación modelo de patriotismo, de actividad y de energía. En la Italia respetada, admirada y temida. En la Italia original, que orienta las corrientes del pensamiento político y de la vida de los pueblos, con el ejemplo de sus proezas y de sus virtudes. En la Italia raza y nación, que cree, tiene fé y confianza en sí misma. En la poderosa Italia fascista del presente y del futuro.

Y me diréis vosotros: qué métodos empleó Mussolini para obtener semejantes resultados?

La doctrina fascista podemos reducirla a su lema: "Todo por la Patria y para la Patria". Aquí tenéis el maravilloso imán de atracción que seduce y somete a las multitudes y es arma vencedora en todo combate. Porque la Patria, señores, es más que una realidad, es una verdad eterna.

El Gobierno Fascista desde su advenimiento al Poder obró de conformidad con ese principio.

La triste herencia política y económica de los Gobiernos anteriores, debía liquidarse, debía desaparecer. El Fascismo con sus actos y su ejemplo, la liquidó, la hizo desaparecer, poniendo en ello la poderosa vitalidad de su pensamiento y la energía férrea del Poder de que estaba investido.

El prestigio, la responsabilidad, y la acción constante y eficaz de la autoridad ejecutiva, consciente de su deber y de su autonomía estable, no sujeta a los caprichos e intereses parlamentarios o partidaristas. La acrisolada honradez y la estricta economía de los Poderes Públicos. La exaltación patriótica de toda gloria nacional. El culto al honor, al duro trabajo, al sacrificio y a la disciplina. El apoyo decidido a toda actividad individual,

a todo cuanto signifique incremento en la riqueza nacional. La esmerada selección y competencia en los funcionarios públicos. La rapidez y simplicidad en las labores administrativas. La protección al obrero, al industrial, dentro de la jurisprudencia de la justicia sindical. La amplia cooperación y colaboración de todos los ciudadanos. La supresión de toda corruptela demagoga. La guerra al traidor, al venal azuzador, al arribista, al corrompido político y al politiquero de oficio. La solidaridad nacional. Las poderosas afirmaciones de los conceptos reales de raza, Estado y Nación. Y el prodigioso engrandecimiento de la Fuerza Armada, fueron las bases principales en que se levantó la Italia de 1924.

Para más abundamiento os presentaré un breve cuadro estadístico de los renglones esenciales correspondientes a 1924.

En el año anterior al Gobierno de Mussolini, el Presupuesto del Estado acusaba un déficit de quince millares setecientos sesenta millones de liras. Dos años después, el Presupuesto presentaba un excedente de dos millares setenta y seis millones de liras.

Los gastos del Estado eran en 1921-1922, de veinticuatro millares ochocientos cincuenta millones de liras. El Fascismo los redujo a diez y ocho millares quinientos millones por año.

Las exportaciones de Italia en 1922 ascendían a ocho millares doscientos setenta y cinco millones. En 1924 alcanzaron a la suma de catorce millares trescientos cinco millones de liras. Las importaciones rebajaron en este último año dos millares con relación al ejercicio anterior.

La circulación fiduciaria en el año fiscal de 1921-1922 sumaba veintiun millares de liras. En 1924 se redujo a diez y siete millares.

Con esta medida se combatió la inflación, consecuencia de la guerra y una de las causas de los trastornos económicos, debido a las fluctuaciones del cambio de la lira; y así se puso los cimientos para la progresiva pero estable valorización de la moneda italiana, facilitando al mismo tiempo las transacciones comerciales.

A las industrias y actividades del capital, el Gobierno Fascista les prestó poderosa ayuda. Teniendo en mientes la producción, base de la prosperidad nacional, el Gobierno de Mussolini no consumió con préstamos ni con impuestos la riqueza privada, pues por el contrario le facilitó los medios para cumplir su verdadera misión de fuerza productiva individual y nacional,

puesta al servicio de las industrias y del comercio. De ahí que suprimiera y redujera cierta clase de impuestos exagerados, rémora para la libre actividad e iniciativa individual, y creara nuevos impuestos razonables y equitativos. Por ejemplo, los impuestos directos progresivos se transformaron en impuestos proporcionales moderados, y se creó un impuesto agrícola, y se abolió además el impuesto de sucesión en primera línea.

Anotamos que estas medidas dieron provechosos resultados en la formación de sociedades anónimas y en la demanda de trabajo. De seis mil seiscientas diez y nueve sociedades anónimas, con un capital de veinte millares cuatrocientos sesenta y siete millones, en 1922, estas sociedades ascendieron, en 1924, a diez mil ciento treinta y dos, con un capital de treinta y tres millares setecientos treinta y tres millones de liras.

Es de anotar, además, el aumento considerable de los salarios de los obreros, y, por lo tanto, la tranquilidad y el bienestar de éstos, resultado de las ganancias del capital, repartidas proporcionalmente entre la mano de obra y los capitalistas.

Y vemos, pues, que no sólo mediante al orden implantado en Italia por el Fascismo, sino, principalmente, a las atinadas medidas económicas del Gobierno, la desocupación, tan alarmante en 1922, se redujo a una insignificante cifra, y las huelgas que en 1922 alcanzaron a la suma de dos mil setenta, comprendiendo dos millones trescientos doce mil obreros, en 1924, disminuyeron a doscientas sesenta huelgas, que abarcaron ochenta y un mil trece obreros.

Obvio me parece manifestaros que en las demás ramas de la administración se consiguió igual resultado, y que los servicios públicos marchaban con toda precisión y regularidad, de acuerdo con la disciplina, la organización y el orden fascistas.

No obstante los ingentes gastos del Estado, el Gobierno de Mussolini se dió modos para pagar parte de la deuda interna, toda la deuda comercial ,e invertir cuantiosas sumas en obras públicas, sin que el Fisco se resintiera por ese desembolso ni a los ciudadanos se les impusiera contribución especial con ese objeto.

En la vida internacional, si podía hablaros con más detención, me limitaré tan sólo a manifestaros que Italia, en los dos primeros años del Gobierno Fascista, consiguió el prestigio de gran Estado y consolidó definitivamente su posición entre las primeras potencias, en el equilibrio continental europeo. Sus ruidosos triunfos internacionales no son sino la resultante de la

clara, precisa y poderosa individualidad nacional que personifica su política exterior, que ajena a renunciamientos, a prédicas extrañas y extemporáneas, sigue la línea recta trazada por Mussolini, esto es, la de la conciencia nacional, basada en la fortaleza granítica de la realidad de la doctrina fascista, y no en lirismos o habilidades diplomáticas. Doctrina que tiende aun a consolidar la paz, condición indispensable del progreso, mediante el respeto mutuo que las naciones deben tributar al principio indiscutible de la independencia nacional, así política como económicamente considerada; paz bienhechora que en Italia va dando ya los más proficuos rseultados. Fiume, Corfú, los tratados comerciales con Alemania, España, Yugo-Eslavia, Checoeslovaquia, etc., pueden explicaros más que mis palabras.

Y así, señores, Italia ha seguido la marcha acelerada del progreso, de la grandeza y del bienestar nacionales. Son casi cinco años del triunfo fascista, cinco años del más fecundo y eficaz impulso de la actividad humana, que representa una de las más gloriosas páginas no sólo de la historia de ese pueblo, sino también de la humanidad.

Robustecida por la doctrina fascista, Italia desafía el porvenir confiada en sus propias fuerzas, en los propios medios de que dispone la inagotable y poderosa estructura nacional, que mediante el Fascismo tiene la consistencia de la roca y la agilidad espiritual del pensamiento, pues el Fascismo, señores, es más que un Partido: es el producto sustancial de la conciencia del pueblo italiano, es la nueva razón de vida de la nación y del Estado.

El Sindicalismo; el Tribunal de Trabajo; la Milicia Voluntaria, no son creaciones arbitrarias del gran hombre que gobierna Italia, no, son conclusiones afirmativas que interpretan claramente la nueva alma de ese pueblo, fundida en el nuevo crisol del patriotismo, del trabajo, del orden, de la disciplina, de la justicia y de la fuerza.

Con el Sindicalismo se ha obtenido la mayor solidaridad y unión de las clases productoras y la incorporación y participación directa de éstas en la vida nacional; con el Tribunal del Trabajo, el más competente e imparcial fallo de la justicia; con la Milicia Voluntaria, la religiosidad de la discipliana y del patriotismo ciudadanos. Con estos factores, ya podéis imaginaros el futuro de Italia y la justa admiración y prestigio que ha despertado en el mundo entero su prodigiosa grandeza. El Pacto de Locarno, consagró ese respeto y prestigio internacionales. Los

Acuerdos, sobre las deudas de guerra, de Washington y Londres, consolidaron la base granítica del crédito exterior de Italia.

Pero, oh!, señores, el Fascismo no llega todavía a la meta, no puede jamás llegar a la meta. Su hálito de renovación lo empuja constantemente hacia sus mejores fines, hacia sus más altos destinos. Avanza, avanza siempre, sin descanzar un instante, movido por el ímpetu veloz del pensamiento y por la sagrada unción de la realidad.

Millones de jóvenes se educan en la escuela fascista, en la verdadera escuela de la Patria. Ellos serán los segunros guardianes del patrimonio que ha legado a las generaciones italianas Benito Mussolini y sus compañeros; ellos representarán la lógica y luminosa continuidad histórica y política de la Italia Imperio, no el de la conquista, sino el Imperio de la cultura del intelecto, el de la sabia y severa legislación política, el de la honda y fecunda inspiración del pensamiento, que, al igual del viejo y glorioso Imperio Romano, influirá decididamente en la vida de los pueblos y de los Estados.

La Italia del porvenir, señores, será más grandiosa que la Italia del presente.


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 122884015